

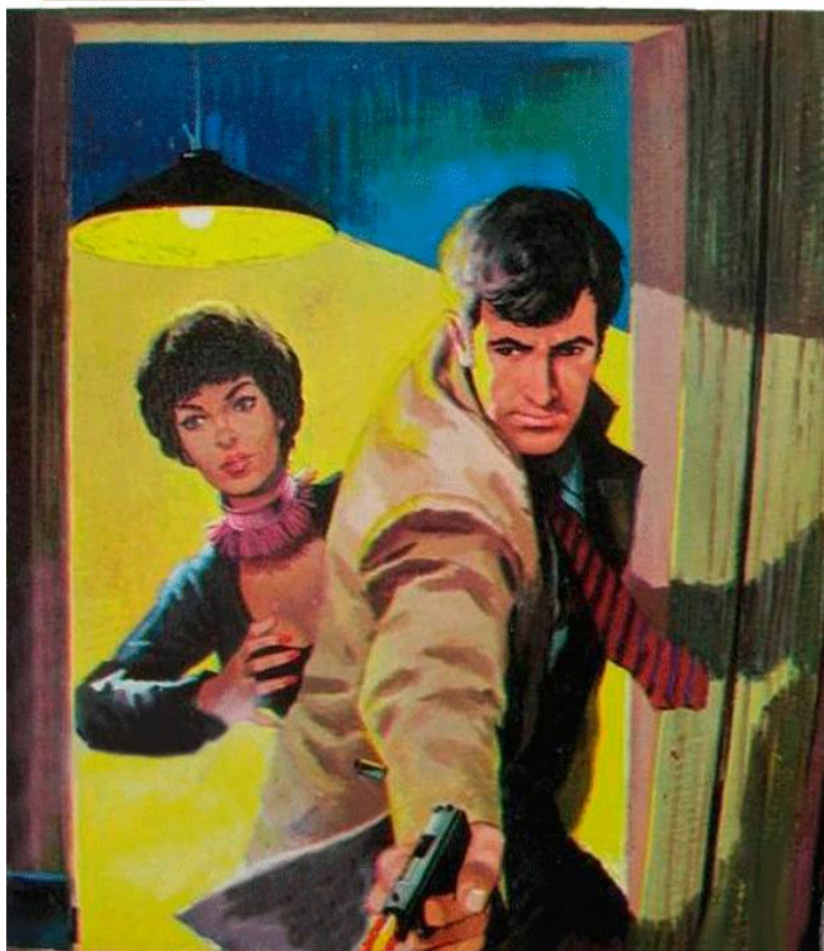
BOLSILIBROS BRUJUELA

PUNTO

ROJO

macabro en si menor

Frank McFair



COLECCION

PUNTO ROJO



FRANK McFAIR

MACABRO EN SI MENOR

Colección **PUNTO ROJO** n.º 546
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Dépósito legal: B 34.096 - 1972

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1972

© FRANK McFAIR, 1972

texto

© JOSE TRIAY, 1972

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.285. — Dama.

En Colección PUNTO ROJO:

524. — Seguiremos la lucha.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.132. — Si algo me ocurriese...

En Colección BRAVO OESTE:

530. — Sólo una india muerta.

En Colección KANSAS:

687. — Allí, donde el oro brilla.

En Colección CALIFORNIA:

769. — Desde el mundo de las sombras.

En Colección ASES DEL OESTE:

628. — De una misma sangre.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

985. — Los buharros vuelan en círculo.

En Colección COLORADO:

718. — Los Donovan, presentan batalla.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

72. — La pista del muerto.

CAPÍTULO PRIMERO

La gitana aparentaba unos treinta años. Tenía el pelo negro y muy largo, los ojos verdosos y grandes y la piel de un color cobrizo bastante subido. Dos altos pómulos enmarcaban una cara ovalada.

Estaba parada junto a un árbol y jugueteaba con un collar de zequíes de oro que colgaba de su pecho. Sus vestidos eran de colores alegres, y estaban limpios. La falda le llegaba hasta media pierna.

—Le diré la buenaventura por dos chelines, milord —dijo.

Derek Drummond agitó la mano en el aire. Acababa de apearse del coche.

—Lo siento —dijo—. No creo en esas cosas.

—Se la diré por un chelín, milord.

—Ya le digo que no creo en esas cosas, muchacha. Lo siento. No se trata del precio, sino de que no me interesa.

La gitana hizo un movimiento con el cuerpo. El escorzo mostró una cadera redondeada.

—¿No cree, milord? —preguntó suavemente.

—No, por supuesto que no.

El sol se ponía tras de los árboles del parque. Los castaños y los fresnos tomaban un tinte amarillento enrojecido. La brisa de octubre era fresca. A lo lejos se oyó una voz femenina que llamaba a Derek.

—Bueno, tengo que marcharme. Tome, muchacha.

Sacó media corona del bolsillo de la chaqueta y se la tendió. La gitana no hizo el menor movimiento para cogerla.

—No tomo nada que no me haya ganado —dijo—. Lo prohíben las leyes, milord. Pero puedo decirle la buena... puedo predecirle el porvenir.

—Oh, es testaruda, ¿eh?

Seguía tendiéndole la moneda. Ella le cogió la mano con un

movimiento rápido. La moneda cayó al suelo.

—No tardaré, milord. Es cuestión de pocos minutos.

—Sí, pero me están llamando.

Sonreía. Los dedos de la gitana eran largos y bien formados. Sus uñas estaban limpias.

Los ojos rasgados bajaron hasta la mano.

—Milord, tiene usted manos muy hermosas.

Derek se sintió ligeramente incómodo.

—Ni soy lord ni tengo manos hermosas.

—Oh, sí. Aquí está la línea de la vida.

—Espero que sea larga, aunque no demasiado. No quisiera verme convertido en un anciano tonto y testarudo.

—Y aquí... oh.

—¿Qué le ocurre ahora a mi mano?

—Preveo desgracias, milord.

—¿Para mí?

—Sí, milord. Un hombre... intenta hacerle daño.

—Creí que siempre serían mujeres rubias y morenas peleando por mis favores.

—No se ría del destino, milord. Un hombre intenta hacerle daño. Quiere obligarle a hacer algo... no veo bien. Algo que usted no desea hacer.

Derek se echó a reír.

—Mucha gente quiere que haga cosas que no me gustan, pero hasta ahora he ido arreglándomelas bastante bien.

—Esta vez no podrá hacerlo, milord. Ese hombre representa un gran peligro para usted.

—¡Deeee... rek!

—Lo siento, muchacha, me llaman.

La voz había sonado bastante cerca.

—Lleve cuidado con ese hombre, milord.

Le soltó la mano y echó a correr.

Derek frunció el ceño, divertido.

—¡Se olvida de la paga! —dijo.

Pero la joven había desaparecido entre los castaños.

—¡Derek!

Derek se agachó, recogió la media corona y la volvió al bolsillo. En ese momento, Dorcas apareció a su vista. Llevaba un suelto

abrigo de ante y falda marrón. Un suéter amarillo ceñía su busto resaltándolo voluptuosamente.

—¿Derek, por el amor de Dios! ¿Qué diablos haces aquí solo?

Derek sonrió. Siempre resultaba muy agradable ver a Dorcas Wett, incluso cuando hacía tan poco tiempo desde la última vez en que le pusiera los ojos encima, aquella misma mañana.

Y además, lo más probable es que acabaran casándose.

—Escuchando la voz del futuro.

—¿Sí?

El pelo de Dorcas iba recogido en la parte posterior de la cabeza por una cola de caballo. Era rubio, color de trigo en agosto.

—¿De veras? ¿En la brisa o en el susurro de las hojas de los árboles? Pero por si no lo sabes, nos están esperando para el té.

Le cogió del brazo.

—¿Vamos, querido?

Derek se dejó arrastrar.

—Pero te prevengo que hablaba en serio. El futuro ha abierto su arcano ante mí.

—Me parece muy bien, muchacho. Pero tengo hambre, y el té me atrae tanto como...

—¿Cómo yo?

—Oh, hay matices. Tú me vuelves loca: el té me da fuerzas para seguir enloqueciendo. Vamos. Y hay jamón cocido, y tarta de arándanos.

La casa estaba a menos de doscientos metros. Elevaba tres torres normandas hacia el cielo, y un prado bien cuidado se extendía ante ella. Para entonces el viento se había hecho francamente frío.

Lady Shackville estaba en el salón, junto con su marido, el conde. Éste, pequeño y calvo, parecía un pequinés junto a su robusta mujer.

—Oh, bueno, ya estamos todos —dijo Shackville—. Querida, creo que deberías llamar a Just. Drummond, ¿tuvo buen viaje?

Shackville era el jefe directo de Derek en el Ministerio de Aeronáutica. Al verlo nadie hubiera podido suponer la reserva de energía y de mala intención de que podía hacer gala algunas veces. Parecía un hombrecillo insignificante, pero Derek había visto temblar ante él a mucha gente. Tenía una lengua incisiva que empleaba con gran habilidad cuando le convenía. Por regla general,

sin embargo, ante su esposa, siempre aparecía como un falderillo atento y respetuoso.

—¿Quién más hay, señor? —preguntó Derek Drummond.

—Oh, casi nadie. Ya le dije que sería un fin de semana tranquilo. Están Boles y su esposa y Saint-Dioule. Todos amigos.

—Sí, señor.

—El té está dispuesto, milord —dijo Just.

Pasaron a la sala grande. Alrededor de la mesa estaban Boles, adjunto de Shackville en el Departamento y Saint-Dioule. Los ojos de Derek fueron hasta este último. El francés era un hombre alto, de pelo rubio, levemente ondulado, de ojos rasgados y pómulos celtas. Derek sabía que estaba relacionado con el proyecto *Concorde*, pero no exactamente lo que hacía. Sólo que Shackville había considerado interesante invitarlo a su fin de semana, y que Shackville no hacía nada sin un ulterior motivo.

Le estrechó la mano y luego hizo lo mismo con Boles, pese a que había visto a esta aquella misma mañana en Londres, en el despacho. La mujer de Boles era una cosa tranquila, desteñida y desmañada, cuya única virtud consistía en ser la tercera hija del vizconde de Mansfield.

Luego, *lady* Shackville se sentó y los demás la imitaron.

El jamón era excelente, el té preparado según el rito chino, no el indio, y las pastas crujientes. Saint-Dioule se inclinó hacia Dorcas, sentada a su derecha.

—*Miss* Wett, ¿conoce usted Bretaña?

—Algo. Estuve dos veces en Douamenez.

—Tiene que volver en primavera, *miss* Wett. Entonces es cuando florece el brezo.

—¿De veras? —dijo Shackville—. Eso es muy interesante.

El francés sonrió.

—Dicho así parece un poco tonto, milord, pero es rigurosamente cierto. Bretaña es muy hermosa.

—Lo creo, lo creo. Querida, ¿quieres pasarme algo más de jamón? Señora Boles, ¿no come usted? Ah, ya, dieta de adelgazamiento, no recordaba.

—Orden facultativa —murmuró la mujer de Boles enrojeciendo. No estaba gruesa, pero sí rellena. *Milady* hizo un gesto con dirección a su marido, pero éste ya se había vuelto a Derek.

—Mañana tendremos un buen día para los patos. Esta mañana he visto una bandada que parecía querer posarse.

Derek sabía que no habían ido allí solamente a cazar patos aun cuando ése era un fuerte atractivo. Se preguntó qué tendría el viejo entre ceja y ceja. Boles, él y Saint-Dioule, todos juntos...

—Señor —dijo cuando se reunieron en el salón a fumar, las mujeres a un lado y los hombres a otro—. Esta tarde me he encontrado...

Iba a comenzar su historia de la gitana, que había guardado para el final. Pero Shackville no le dejó acabar.

—Magnífico tiempo para patos. Quizá llueva, pero eso es mejor que el tiempo seco. Están preparados tres toneles en el pantano, entre los juncos. Como se llegue a posar una de las bandadas, haremos pluma. Seguro. Los que he visto...

Y durante diez minutos charló sobre las tres especies de patos que podían posarse en el pantano.

Derek se despidió de su historia.

Mientras, contemplaba por encima de su copa de *brandy* a Saint-Dioule que hablaba con Dorcas en voz baja. Dorcas reía. Algún chiste subido de color probablemente. No tenía nada contra los chistes subidos de color, pero sí en que se los contasen a Dorcas en voz baja. Estos franceses, siempre lo mismo, pensó. Unas bonitas piernas y se lanzaban inmediatamente al asalto.

Se sintió ligeramente defraudado. Y aún se sentía igual cuando se marcharon a la cama.

Su habitación estaba al otro extremo del pasillo de la de Dorcas. Había confiado en que estarían un poco más cerca, pero evidentemente *Lady* Shackville no era partidaria de facilitar las cosas a los jóvenes enamorados.

Y cuando estaba en pijama, sintió una ligera llamada a la puerta. Sonrió. Dorcas recorría el camino.

Pero cuando abrió, no era Dorcas, quien estaba allí, sino el francés.

—¿Le estorbo, Drummond?

—Oh, pues me iba a ir a la cama. Mañana tendremos que levantamos a las cinco.

—Lo sé. Para despanzurrar alguno de esos pobres plumíferos. ¿Le atrae la perspectiva? Pensaba fumar un cigarrillo con usted.

—Pues... bueno, pase.

¿Y si hubiera llegado a estar Dorcas con él? Bueno, siempre hubiera quedado el recurso de no abrir la puerta, pero... Bueno al diablo. Dorcas ya no vendría, seguramente.

—Entonces, ¿no esperaba a nadie? —preguntó Saint—. Dioule.

—Pues... por supuesto que no. ¿A quién...?

—Magnífico. Charlaremos un rato.

—Poco, porque mañana...

—Sí, hay que levantarse a las cinco. Le confieso que a mí no me atrae la caza de patos. No me gusta el pato, ni helarme en un tonel esperando que esos bichos vengan a bañarse para fusilarlos a placer.

—Es un modo de ver la caza...

El francés se había sentado y cruzado las piernas.

—Drummond, realmente no es de caza de lo que he venido a hablarle.

—¿No? Bueno, en realidad...

—Por supuesto que no. En realidad vine a hablarle de cierto viaje.

Derek frunció las cejas.

—¿Un viaje, Saint-Dioule?

—Sí, de un viaje que usted hizo a Rusia.

—¿De veras? Bueno...

El francés sacó una pitillera de piel de cerdo y la alargó a Derek. Éste movió la cabeza negativamente Saint-Dioule encendió uno y lanzó una larga humareda en dirección a Drummond.

—Sí, Drummond. Un viaje el año pasado, en el cual usted visitó Moscú, Kiev y Sebastopol.

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué le interesa de ese viaje?

—A mí, no. A usted.

—Bueno, creo que no entiendo bien.

—Lo entenderá enseguida, Drummond. Durante ese viaje usted se entrevistó con varias personas.

—Vi a varias personas, sí, pero...

—He dicho «se entrevistó». Las cosas dichas así resultan de un matiz un tanto... diferente, ¿verdad?

—No entiendo —dijo Derek fríamente—, adónde quiere usted ir a parar.

—Enseguida, Drummond. Usted mantuvo varias entrevistas. Una

de ellas fue con cierto Mikhail Averastov.

—¿Averastov? Escuche, Saint-Dioule, ignoro dónde quiere ir a parar pero la verdad es que tengo sueño y si no le importa, preferiría...

—Averastov. Un hombre grueso, ligeramente parecido a uno de esos perros de carrillos colgantes.

—Recuerdo a Averastov, pero no comprendo lo que usted quiere...

—A su debido tiempo. Usted vio a Averastov. Y su entrevista fue muy interesante. Y reveladora, si me permite añadir.

Derek se irguió.

—Saint-Dioule, diga lo que desea, pero hágalo rápidamente. Quiero acostarme. Y si a usted le parece revelador que yo viera a Averastov, es algo que me parece fuera de lugar en estos momentos.

—¿También está fuera de lugar el asunto de que ustedes trataron?

—¿Qué asunto? ¿Qué diablos quiere usted insinuar?

Derek estaba ya furioso.

Y no pensaba ocultarlo, aunque tuviera que ser grosero.

—Hable claramente o váyase.

Saint-Dioule lo miraba fijamente.

—¿No recuerda lo que hablaron, Drummond? ¿Es posible que lo haya olvidado?

—¿Y es posible que le interese a usted, Saint-Dioule?

—Sí.

La voz había sonado cortante.

—Me interesa.

—¿Por qué diablos?

—Llámelo... mi trabajo.

Derek respiró profundamente.

—Bueno, vamos a ver si aclaramos las cosas. En primer lugar, hablé con Averastov porque él quería saludarme como componente de la misión con la que fui a Rusia.

—Drummond, usted es un hombre inteligente. Yo también lo soy. Vamos pues a proceder no como si estuviéramos jugando a las charadas, sino hablando el mismo lenguaje.

—Es usted quien comenzó hablando con charadas.

—No. He ido directamente al grano. He tratado de decirle,

Drummond, que sé de qué hablaron Averastov y usted.

—Me parece muy bien. Ahora, si no le importa...

—Y lo que es más, tengo la grabación magnetofónica de lo que hablaron.

—¿Usted?

Derek dio un paso hacia adelante.

—¿Por qué?

—Porque... digamos que es parte de mi trabajo.

—Me parece, Saint-Dioule, que usted necesita un interlocutor más esta noche. O mañana. Un loquero.

—¿Lo cree? Bien, eso es problema suyo. Pero, Drummond, fíjese bien en lo que le digo: tengo una copia de dicha grabación y puedo hacérsela oír hoy mismo, si lo desea. Esta noche. Ahora.

Hizo una pausa.

—Ya ve que yo no tengo tampoco ganas de perder el tiempo.

—¿Qué diablos quiere decir?

—Eso mismo. ¿Quiere oírla?

—¿Ahora? Y, ¿qué diablos se imagina que me importa oír una cosa en la que tuve parte?

—Porque en dicha conversación o entrevista o como quiera llamarlo, Drummond, usted se ofreció para facilitar a Averastov algunos, digamos, detalles técnicos secretos referentes a las modificaciones que se iban a introducir en el programa secundario de mejoras del avión *Concorde*. No tiene usted buena memoria, Drummond, o no quiere tenerla.

—¿Qué ha dicho?

Derek dio un paso adelante y alargó la mano. Saint-Dioule se puso en pie y retrocedió.

—Escuche, Drummond, más vale que no intente emplear...

Había llevado la mano al bolsillo de la bata. Cuando la sacó, un ojo redondo, negro, apuntaba directamente al estómago de Derek.

—No me importaría una confrontación física con usted, Drummond, pero eso llevaría aparejado un cierto escándalo. Y no lo deseo. Siéntese.

Derek abría y cerraba las manos. Pero la pistola permanecía firme en la mano del francés.

—Vamos, siéntese.

Derek se dejó caer en un sillón.

—Ahora, Drummond, va a oír usted esa grabación. Y cuando acabe, se habrá convencido de que sobran todos esos «no sé lo que usted quiere decir» ni «a dónde quiere usted ir a parar». Y le ruego, por su propio bien, que no me obligue a utilizar la pistola. Porque, tenga la completa seguridad de que lo haría.

—¿Aquí? ¿En casa de Shackville?

—Aquí, en casa de Shackville. Por otra parte, Drummond, usted será el primer interesado en que lord Shackville no oiga esa grabación.

Metió la mano en el bolsillo izquierdo de la bata y sacó un pequeño aparato, no mayor que una caja de cigarrillos. Lo movió en la mano, y luego lo dejó sobre la mesita de escribir.

—Escuche atentamente, Drummond —dijo—. Pero no toque el aparato hasta que haya terminado la grabación. Después, si quiere, puede cogerlo y tirarlo por la ventana. Tanto me da.

—¿Quién es usted? —preguntó Derek Drummond.

—Eso no importa ahora. Escuche, Drummond.

Y Derek escuchó.

CAPÍTULO II

Step Custance cogió el teléfono. Eran las cinco de la tarde de un nublado lunes de octubre. Desde la ventana podía ver el grasiento fluir de las aguas del Támesis y al otro lado, el Enbankment. Una perspectiva ligeramente deprimente. Al menos para él en esos momentos.

—¿Bueno?

—¿Step?

—Sí, soy yo.

—Escucha, soy...

—Derek, ya lo sé. Pero no me chilles. Acabo de levantarme de la cama y me duele la cabeza. Baja dos octavas el tono de tu voz, por favor.

—Escucha, Step, no tengo ganas de broma.

—Ni yo, después de cierto número de *whiskys* nocturnos.

—Step, tengo que verte.

—Así está mejor.

Sujetándose el micrófono con el hombro izquierdo, buscó los cigarrillos con la mano derecha. Los encontró, se los arregló para encender uno con una sola mano, y luego dijo:

—Habla.

—No quiero hablar por teléfono, Step. Tengo que verte. Por Dios, tengo que verte.

—No metas a Dios en una cita, Derek. Límitala a nosotros dos. ¿Qué diablos te ocurre?

La voz de Derek sonaba ahora como si su dueño se esforzase en hablar con tranquilidad.

—Step, ¿puedes estar dentro de media hora en el lugar en que una vez me quitaste una rubia que llevaba mallas verdes en una pierna y rojas en la otra?

Step cerró los ojos.

—Santo Dios —dijo—. Bueno, no hagas caso. ¿Es muy necesario?

—Step, es absolutamente preciso.

—Pues estaré. ¿Media hora? Dame tres cuartos.

—Lo siento. Media hora. Tengo que volver al trabajo.

—Estaré.

—Gracias, Step.

Clic.

Step Custance colgó a su vez. Una malla verde y otra roja... formando parte de una rubia. Cerró los ojos. Ojos azules, párpados verdes y blancos... Y labios rojo-plateados que besaban como ventosas... Aquella mujer era una bandera.

—Marinetti —murmuró.

Se puso en pie. Step medía, según Emelyn, dos yardas, y según el ejército seis pies. Eso en longitud. En anchura, una yarda de hombros y media de cintura. Más allá no había hecho Emelyn oíros cálculos, al menos en voz alta.

Bebió un vaso de agua del aparato refrigerador y se puso la chaqueta, de grueso *tweed* color gris paloma. Luego salió del despacho después de cerrar la puerta.

Marinetti, eso era. Derek y él habían estado bebiendo en Marinetti. La rubia la había llevado Derek, pero al final de la alcohólica jornada parecía haber habido una cierta confusión. El caso es que la rubia había terminado la noche en el dormitorio de Step. Hubo después ciertas envaradas recriminaciones por parte de Derek dos días más tarde, pero al final todo se había arreglado satisfactoriamente. No había vuelto a ver a la rubia, ni siquiera sabía su nombre.

Marinetti no estaba lejos. Una escalera estrecha y en espiral conducía desde la calle hasta el salón, pequeño pero bien ventilado, donde cada consumición valía su peso en oro, pero también valía la pena.

En ese momento estaba casi vacío. Y no se llenaría hasta las siete, por lo menos. Step miró a su alrededor. Un brazo se alzó en alto y Custance se dirigió hacia el rincón. Sentado en un diván lo suficientemente estrecho como para que una persona se sintiera solitaria y dos personas empotradas mutuamente, estaba Derek.

La luz era mala. Incluso la lamparilla que presidía las mesas,

estaba apagada. Step se dejó caer sobre el diván y miró a su compañero.

—Espero que no hayas sentido de pronto tanta soledad como para traermé a este desierto a estas horas —dijo.

—Step...

Custance le cogió por el brazo.

—Step, estoy metido en un compromiso endiablado.

—Espero que sí.

—Estoy hablando en serio. Step, necesito... necesito endiabladamente tu ayuda.

Un camarero se acercó. Step miró a Derek y encargó dos *whiskys*. Cuando se los sirvieron y el camarero se alejó, se volvió a Derek.

—Bueno, habla. Y procura que sea interesante. No tenía ganas de beber en estos momentos, no hasta las siete, por lo menos, pero ya lo ves. Estoy bebiendo. Y tú vas a estar hablando...

—Step, hablo en serio. Estoy... en el peor momento de mi vida, posiblemente.

Step encendió un cigarrillo. Sobre un cenicero y pese a la casi completa oscuridad, podía ver que su compañero había acumulado las colillas en cantidad impresionante.

—Bueno, habla.

Y Derek habló. Cuando terminó, habían bebido ya tres *whiskys*.

—Bueno, ¿qué me dices?

—Nada, por el momento. Lo vas a decir tú —respondió Custance.

La mano de Derek se alargó hacia la copa. Step le cortó el gesto.

—Espera antes de que te emborraches, compañero. Con ello no vas a conseguir que te crea más, ni mejor. Quiero hacerte una pregunta, una sola. ¿Es cierto todo eso?

—¡Ni pensarlo! Ni en lo más mínimo. No comprendo cómo pudieron hacer esa grabación, pero... ¡con mil diablos, no es cierto! Jamás dije lo que allí oí, no lo hice. Pero... era mi voz.

—Derek, una cinta puede ser fraguada. No hay nada más fácil. Y eso debieras saberlo tan bien como yo.

—Lo sé, diablos, pero, Step, la cosa parece tan tremendamente convincente... Es mi voz, es la voz de Averastov, al menos como puedo yo recordarla, y es todo tan... unido, tan pegado... que

cualquiera diría que la cosa ocurrió realmente así. ¡Y no lo es! Jamás dije eso ni me comprometí a...

—Espera un poco. ¿Qué quieres de mí?

Derek encendió un nuevo cigarrillo.

—No lo sé. Bueno, sí lo sé, pero a cada minuto que pasa me parece la cosa más absolutamente loca y yo... a punto de volverme loco, también.

—No lo hagas. ¿Qué crees que pensaría Marinetti si te viese comenzando a dar saltos por sobre las mesas?

Cuando Step pensaba a toda presión, dejaba a su lengua suelta. Su interlocutor hubiera pensado que sólo estaba interesado en la mejor manera de provocar un chiste. Pero sus interlocutores se habían equivocado muchas veces.

—Y ahora, escucha: ¿Qué fue exactamente lo que hablaste con Averastov? La verdad, Derek. Sólo eso.

Derek vaciló.

—Hace ya casi año y medio. Compréndelo. No puedo acordarme de todas las palabras.

—Ni yo te pido eso. Sólo el sentido general de la conversación.

—Averastov me llamó a su despacho. Nos habíamos visto en una recepción oficial. Es un hombre afectuoso, al menos lo parecía. Parecía deseoso de estrechar lazos amistosos, y sólo de una manera casual se pronunció la palabra *Concorde* y lo mismo ocurrió con la palabra *Tupolev*. Palabra de honor, Step. Ya sabes, las frases comunes: «No se trata de un pugilato sobre el mejor avión comercial del mundo, sino de la mejor manera de servir intereses que pronto serán comunes, etc., etc.».

—Y en ningún momento hubo confrontación de técnicas entre la rusa y la anglo-francesa, claro.

—¡Por supuesto!

—Bien, eso en lo referente a la entrevista con Averastov, que por cierto, ¿qué papel juega en todo esto?

—Es funcionario de la Aviación civil rusa. Un comisario subalterno, por supuesto. Las entrevistas a alto nivel fueron entre el subsecretario y el equipo técnico por nuestra parte y lo mismo por los rusos. Te digo que no hubo nada secreto, en absoluto, entre ambos.

—No te excites. Te creo.

Estaba pensando: «Te creo, sí, porque o mucho me engaño o no has cambiado desde que estábamos en St. John, en el viejo colegio. Te creo porque ya entonces pensabas que la Vieja Inglaterra continuaría siendo la misma cuando los monos se hubieran hecho cargo del planeta».

Pero lo que dijo fue:

—Bien, repítame ahora lo que te pidió Saint-Dioule. Que, por otra parte, ¿quién es? ¿Quién, en realidad?

—Forma parte de la comisión francesa para el estudio de los defectos del prototipo del *Concorde*. Dicho estudio decidirá cuáles modificaciones serán necesarias y cuáles no.

—Comprendo. Bueno, lo que se puede comprender ante unas palabras tan vagas.

—No puedo ser más explícito, Step.

—Al parecer pudiste serlo con Averastov.

—¡Mil diablos, Step, te digo que es mentira todo!

—Está bien. Todo es mentira, pero ¿qué quería Saint-Dioule?

—Simplemente...

Las manos de Derek rompieron en dos el cigarrillo que aún no se había llevado a la boca.

—Simplemente, que le mantuviera informado de cuáles iban a ser las modificaciones que se iban a introducir en el *Concorde*. ¿Te parece poco?

Custance estaba riéndose.

—¿Qué diablos te pasa?

—No me río de ti, Derek. Por supuesto que no. Me río de algo que acaba de ocurrírseme. Pero eso puede esperar. ¿Tan importantes son esas modificaciones?

—Lo son, Step, un proyecto tan gigantesco, que puede revolucionar la aviación comercial, no se ha hecho sin oposiciones verdaderamente gigantescas. Los americanos están preparando ya el suyo, los rusos tienen el *Tupolev*. Son muchos miles de millones de libras las que se juegan a esta baza. Cualquier pequeño error puede dar al traste con la confianza del público y de los gobiernos en un avión comercial que puede transportar cientos de pasajeros y cientos de toneladas...

Step Custance le cortó con un seco movimiento de la mano.

—Bueno, basta. Aún me queda algún tiempo para leer entre

borrachera y borrachera. Pero ¿tan importantes y secretas, sobre todo, son las modificaciones?

—Lo son. Se ha demostrado que en el *Concorde* podía haber algunos fallos, de pequeña importancia, tal vez, pero que podrían hacer decidirse por otro tipo de avión a las compañías aéreas a la hora de adquirir los aviones. Eso nos trae de cabeza a los franceses y a nosotros.

—Y tú —dijo lentamente Custance—, ¿puedes estar informado de esas modificaciones? Con antelación, quiero decir. ¿Antes de que salgan a la luz pública?

—Pues... Step, no puedo hablar de eso, pero sí puedo decirte...

Vacilaba.

—Habla. Es el momento. O lo haces ahora o lo siento mucho, pero... me retiro. Me has pedido ayuda. Yo necesito la tuya para ayudarte.

—Pues... sí. Nuestro departamento está en el centro de ellas. Lord Shackville es el comandante entre el Ministerio de Aeronáutica Civil y las Compañías aéreas.

Hubo un silencio.

—Creo que entiendo —dijo Custance—. Han elegido a la persona idónea. Tú puedes hacer saber a los rusos qué modificaciones pueden ser llevadas a cabo, ¿eh?

—Podría... si quisiera hacerlo. Pero no quiero. No puedo y no quiero.

Custance lo pensó durante un momento. Principalmente lo hacía para que su compañero se tranquilizase, porque en realidad ya sabía lo que iba a decir.

—Derek, ¿por qué estaba anoche Saint-Dioule en casa de Shackville?

—Oh, pues, no lo sé bien. El viejo no dice nunca sus motivos, si puede evitarlo. Me imagino que quería ser agradable a los franceses.

—¿No podría ser que la presencia de Saint-Dioule hubiera sido provocada por Shackville para eso precisamente?

—¿Shackville enredado en ello? Oh, no, Dios. Imposible. Pero si es...

—Sé lo que es. Pero no comprendo por qué llevó a ese francés allí y por qué ese francés aprovechó el fin de semana para hacerte la proposición. Podría haberlo hecho de otra manera cualquiera,

¿no?

—No lo sé, Step. Palabra que no lo sé. Estoy como loco.

—No enloquezcas del todo. Aún sigo sin saber lo que quieres exactamente de mí.

—Step, un detective como tú puede... no sé, hacer muchas cosas. Enterarse de quién es Saint-Dioule... saber quién lo respalda... todas esas cosas.

—Oh, sí, y hablar con el Señor, si es necesario, y nombrar presidente de Estados Unidos.

—¡No estás hablando en serio, y la cosa es espantosamente seria!

—Cálmate, muchacho. Soy un detective particular, no Dios Todopoderoso, y si las cosas son como tú dices, hay fuerzas bastante más importantes que yo en juego. Bueno, ¿cuál es exactamente el próximo movimiento que espera Saint-Dioule que hagas?

—Entrevistarme con él o con otra persona que se identificará, dentro de tres días.

—El jueves, pues. ¿Dónde?

—Se me hará saber.

—Cuando me has llamado me has dado en clave el lugar de la cita, éste. ¿Por qué? ¿Temes que tengan intervenido tu teléfono?

—No lo sé. Creo que no sé nada. Pero pensé que pudiera ser así.

—Comprendo. No vuelvas a llamar desde tu casa. Hazlo desde el Ministerio. No pueden intervenir todos los teléfonos y si llamas siempre desde uno distinto mejor, ¿comprendes?

—Claro que sí. —Parecía aliviado—. Entonces, ¿te vas a hacer cargo del asunto?

—No lo sé aún.

—Si es por dinero... Step, tengo mucho. No soy un millonario, pero ya sabes que mi padre...

—Lo sé.

—Mi carrera es ante todo, Step. He puesto mucho en ella. No quisiera que...

Se cogió la cabeza entre las manos. Step lo miraba con atención.

—Bueno, necesito saber dónde se hospeda Saint-Dioule. No es necesario que lo sepas tú. Lo sabré yo. Y no es el dinero lo que me preocupa, aunque habrá gastos. Y grandes.

—Los que sean, ya te digo. Tienes... carta blanca.

—¿Tienes la cinta?

—Sí. Me quedé con ella. Saint-Dioule sonreía, cuando me la dejó. Seguro que tienen otras copias.

—Por supuesto, muchacho, por supuesto. Miles de ellas si es necesario. Lo que me llama la atención... Bueno, es precisamente que se haya provocado la entrevista en casa de Shackville. No parece ser el tipo de lugares en que se obliga a un individuo a hacer cosas por el estilo. Bueno, ya llegaremos a eso.

Derek Drummond levantó la mirada.

—Y luego, ésa... —dijo como si se acordase de pronto.

—¿Esa qué?

—La gitana. Parece tonto, ¿verdad?

—Parece estúpido. ¿Qué diablos estás hablando?

—De la gitana. Cuando llegué a casa de Shackville, había una gitana en el parque. Se empeñó en decirme el porvenir.

—Derek, muchacho, repórtate.

—Es cierto. Y me habló de que un hombre quería hacerme daño. Luego, cuando Dorcas llegó, ella desapareció.

—¿Una gitana?

—Sí, ya te digo que sí. Llevaba un pañuelo en la cabeza, y un collar de monedas de oro... bueno, parecían de oro.

—Descríbela.

—Pues... ya sabes, un corpiño negro y falda de colorines y blusa blanca. Una gitana. Era... bastante bonita.

—¿No preguntaste quién era?

—Se me olvidó, con todo ello, y lo he recordado ahora. Palabra. A la mañana siguiente de la conversación con Saint-Dioule, nos levantamos temprano para ir a cazar patos. Saint-Dioule no intentó siquiera volver a hablarme. Parecía huirme. Lo mismo hizo durante todo el sábado. El domingo, se marchó, diciendo que lo necesitaban en su consulado.

—Has mencionado a Dorcas. ¿Estáis prometidos?

—Pues... casi. Bueno, ya sabes.

—No, no sé. Ella es la secretaria personal de Shackville, me dijiste.

—Sí, lo es, pero... no irás a sospechar de ella.

—Podemos sospechar de todo el mundo, querido. Y ahora, otra cosa: ¿Saint-Dioule y ella se conocían?

—Sí, de la oficina de Shackville. Saint-Dioule ha estado varias veces allí.

—¿Se llevan bien?

—Pues... oye, lo que estás pensando...

—No estoy pensando en nada. Pero me has pedido que me meta en un asunto que huele a demonios, y quiero ver si los demás huelen también. Recuerda una cosa, Derek.

Se inclinó hacia él.

—Voy a emplearme a fondo, muchacho. No me vengas a decir ahora de quién debo sospechar y de quién no. Cuando acabe, puede caer alguna cabeza.

—Oh, pero Dorcas...

—Veamos algo más aún. Esta noche voy a ir a tu casa. No como Step Custance, por si acaso estás vigilado, que creo que sí. Lo haré a mi manera.

—¿Para qué?

—Lo sabrás entonces. ¿Sigue viviendo Dorcas en el mismo sitio?

Derek asintió. Custance se puso en pie.

—Y ahora, muchacho, vuelve a tu oficina. Y otra cosa: ¿hablaste a alguien de la gitana? ¿La vio alguien?

—Dorcas llegó cuando ella se iba. No creo que la viera. Y no, no le hablé a nadie de ella.

—Conformes. Hasta luego.

—En cuanto a tus honorarios...

—Serán lo suficientemente elevados como para que tu padre se revuelva en su tumba, no te preocupes. Paga y espérate un rato después de que haya salido yo.

CAPÍTULO III

—Mira, Bill, si no lo haces tendré mucho gusto en repetirle a tu mujer la conversación que tuviste con cierta morena hace dos meses, y justo delante de mí.

—¡Eres un cerdo, Step!

—Conforme. ¿Lo harás?

—Pues... ¿qué demonios de recurso me queda? Pero te costará cinco libras y una botella de «Chivas».

—Dos botellas, Bill. Y que conste que lo hago por amistad para contigo. Podría salirme el servicio gratis con sólo decirle a Mary que...

—¡Cállate, maldito aborto! Podría oírte alguien. Y Mary me arrancaría las orejas.

Custance cortó. Luego cogió un anotador y la guía de teléfonos.

Marcó un número. La señal de comunicando lo recibió. Colgó.

Estaba en su oficina. Había corrido las cortinas que daban al río, y sólo mantenía la luz de un flexo sobre la mesa.

Volvió a marcar otro número.

—¿Emelyn? Lo siento, no podremos cenar juntos.

Apartó el auricular para que los ruidos que salían de él no lo ensordeciesen.

—Lo siento, muchacha. Nos veremos mañana.

Nuevos ruidos.

—De acuerdo, me iré al diablo, pero...

¡Che!

Nuevamente el otro número. Esta vez la señal fue diferente. Y diferente la voz que dijo «Hola».

—¿Dorcas?

—Sí. ¿Quién?

—Step.

—Oh. Escucha, Step, si me llamas para decirme que estabais

juntos Derek y tú tomando unas copas y él se puso enfermo repentinamente, de indigestión...

—No es nada de eso, Dorcas. Sólo quería decirte «hola» y preguntarte si aún sigues enamorada de Derek.

—Hasta las orejas. Así que si pensabas pedirme que saliera a cenar contigo...

—No. Sólo a tomar una copa.

—Bueno, entonces pediré permiso a Derek, que aún está trabajando.

—¿Lo necesitas?

—Es mi deber.

—Pareces una esposa hogareña e incorruptible.

—Lo soy. Incorruptible, me refiero. ¿Dónde, las copas?

—En tu casa.

—Caballero, usted se equivoca, sin duda.

—Sin duda. ¿A las diez?

Dorcas rió.

—Pasa por aquí. Una copa y... levantas el vuelo. Por si acaso le advertiré a Derek para que venga a sacarte de las orejas si te pones pelma. Te conozco. Tienes las manos muy largas.

—¿Te ha puesto ya Derek el sello de propiedad?

—Eso, Hércules, es algo que te importa tanto como nada. Ven, toma una copa y... —Hizo un significativo ruido con los dedos.

—No faltaré. Prepara tus defensas, pues te harán falta.

Colgó. No sonreía al hacerlo.

La próxima llamada recibió como contestación un «hola» impersonal.

—¿Podría hablar con *monsieur* Saint-Dioule? —preguntó con acento francés, pero en inglés.

—¿Su nombre, por favor? ¿Objeto de la llamada?

—Quisiera saludarle en nombre de un amigo común. ¿Es que *monsieur* Saint-Dioule no se encuentra en el consulado?

—Por supuesto que no, *monsieur*. *Monsieur* Saint-Dioule no se encuentra aquí en este momento.

—Pero ¿no podría darme su dirección? Sólo estaré en Londres un día más y desearía saludarle.

—Podemos darle su número de teléfono, pero no su dirección, *monsieur*.

—Hágalo, por favor. Le quedaré muy agradecido.

La voz se lo dio. El teléfono correspondía a Hampstead. Step esperó durante cinco minutos y luego hizo otra llamada.

—¿Bill?

—¿Otra vez? ¿No te dije...?

—Se trata de otro asunto, Bill. Si quieres, puedo preguntárselo a Mary.

—¡Vete al diablo y...! —Durante casi un minuto lo estuvo maldiciendo. Luego, compuso la voz.

—¿Qué quieres?

—Hampstead, 32 — 24. Quiero saber a qué abonado corresponde.

—Y luego, seguramente querrás saber el número de mi cuenta corriente y...

—Bill, esto es serio.

—¿Muy serio?

—Mucho.

—Espera un poco. Y que conste que puedes meterme en un lío si alguien se entera de que la información te ha llegado por mi conducto. Te llamaré dentro de cinco minutos. Y te daré las dos informaciones. Y luego te olvidarás de que existo hasta... hasta que llegues a mi casa a las siete de la tarde de cualquier día y con un par de botellas de «Chivas» saliendo del bolsillo.

Cinco minutos después:

—Toma nota, desgraciado. Hampstead, 32 — 24. Hotel Antilla. En cuanto a la otra información, ¿estás seguro de que nadie nos oye?

—No. Nadie.

—Pues bien, ese teléfono no está intervenido. Se ha comprobado. Nadie lo ha controlado. ¿Te basta, bastardo?

—Me basta. Gracias, Bill.

—Dos botellas, no te olvides. Y le dirás a Mary que tiene un marido modelo, y además se lo dirás con la firmeza suficiente como para que se lo crea.

—Lo haré, Bill. Y... gracias.

—Vete al infierno. Esto no se paga con «gracias».

Colgó. Bill Hollister era uno de los jefes de la compañía telefónica y no robaba su sueldo. Pero también era uno de los

mejores amigos de Step Custance y le debía algunos favores, el principal de los cuales consistía en haberle salvado el matrimonio en un momento particularmente difícil, debido a las proclividades amorosas del mismo Bill. Pero aquello ya había pasado.

Así que el teléfono de Derek no estaba intervenido. Y Saint-Dioule vivía en el Antilla. Uno de esos hoteles modernos edificados por los americanos para servicio casi exclusivo de personalidades que no quieren alojarse en lugares en que puedan resultar demasiado notorios.

Encendió un cigarrillo y se dirigió a la puerta. Cerró las luces y bajó. Cuando alquiló la casa lo hizo pensando que algún día podría necesitar estar en el mismo lugar de su oficina, y la cosa había resultado bien. Pocas personas sabían que ambas se comunicaban. Una de ellas era, por supuesto, Emelyn, que en este momento estaría escupiendo quizá sobre algún retrato suyo, si es que tenía alguno en su pisito.

Pero tenía otras cosas en qué pensar.

Cuando llegó al Antilla eran las ocho. Había dejado el sombrero en el coche, pero lo que no había podido arreglar es que su traje pareciera el de un continental. Bueno, no importaba demasiado.

—¿*Monsieur* Saint-Dioule? —preguntó el recepcionista—. Lo siento, pero no está en el hotel.

Había lanzado una ligera ojeada a la casilla. La llave estaba allí.

—¿Podría esperarle?

—Por supuesto, señor. El bar está...

—Lo conozco.

Bebió dos *whiskys*. Desde el bar podía verse la recepción, según la costumbre americana. Y lo que era mejor, podía observar si la llave era retirada por alguien de dicha casilla.

A las ocho y media, un hombre vestido con una gabardina azul oscuro con el cuello levantado, y constelada de diminutas gotas de lluvia, se paró ante el mostrador.

Cuando echó a andar, Step salió del bar y lo siguió. Había podido observar que la casilla correspondía al cuarto piso, e incluso ver el número de la habitación.

Así que dejó al otro subir en el ascensor y tomó el siguiente. Cuando llegó arriba, caminó hasta la puerta 47 y llamó ligeramente.

—Pase —dijo una voz.

Metió la mano en el bolsillo y cogió la corta correa unida a la matraca de cuero. Luego abrió la puerta.

La *suite* se componía de una sala grande, a la que se abrían dos puertas. En uno de los rincones de la sala, junto a un mueble de estilo californiano, había un hombre.

Alto, rubio, con el pelo ligeramente ondulado y huyendo ya de las sienas hacia atrás. Un traje de lanilla inglesa, a cuadros diminutos, corbata neutra, gris, y zapatos negros.

—¿Sí? —preguntó arqueando una ceja—. Creí que era el camarero.

Step cerró tras de sí.

—Perdone, señor —dijo—. Creo que me he equivocado de habitación.

—¿De veras? ¿Cuál buscaba?

—La 49.

—¿De veras?

Los ojos que examinaban a Step eran de color verde oscuro.

—Pues... creo que sí —dijo Step.

Se tambaleó ligeramente.

—Perdone —repitió—. Creo que... bueno, ya sabe. He bebido demasiado. No se lo diga a mi esposa, pero... bueno, usted perdone. Si quiere, le invito a un trago.

Su imitación del acento americano podría engañar incluso a un nativo, y él lo sabía. Saint-Dioule inclinó la cabeza.

—No tiene importancia.

—Oiga, le invito a un trago. Es lo menos que puedo hacer.

—Gracias, no deseo beber.

—Bueno... —Agitó la mano en el aire, como quitando importada al asunto—. Bueno, si no quiere...

Se agarró al sillón. Ahora le separaban dos pasos nada más del francés.

Los recorrió de un solo salto. Sacó la matraca del bolsillo y le pegó en la sien.

Fue un golpe seco, dado con fuerza y en el punto justo. El francés se vino a tierra, tropezando con uno de los sillones en la caída. Luego quedó tendido en el suelo, sobre la alfombra.

Step se movió rápidamente. Registró el caído cuerpo en un momento y luego miró a su alrededor.

Primero, la habitación. La cama, el armario, lleno de trajes con dos maletas en la parte baja. Los trajes, los zapatos, las valijas. Una de ellas estaba cerrada con llave. Las otras sólo contenían algunos objetos que parecían comprados en las tiendas del Strand. Incluso había un *poster* de los Rolling Stones.

Echó otra mirada al cuerpo, a través de la puerta. Seguía tendido en medio de la sala.

Luego echó una mirada al mueble que había en la sala. Un par de botellas de *whisky*.

Y por fin, bajo uno de los almohadones del diván semicircular, un magnetofón.

Lo sopesó entre las manos. Era pequeño, un buen trabajo artesano japonés. Tras de una mirada al cuerpo, lo puso en marcha. Las primeras notas del andante de la primera grabación llegaron a sus oídos.

Y nada más. Al menos, nada que un ladrón vulgar de cuartos de hotel pudiera llevarse.

Ya tenía la billetera, la sortija, de sello, con una extraña águila en él, el reloj de platino y una especie de llavero de fantasía, con una sola llave de oro, al parecer, y un colgante en el que figuraba el Manneken Pis, algo insólito en un hombre cuyos trajes, zapatos y objetos de tocador indicaban una buena posición económica. El Manneken Pis lo venden por millones, en Bélgica y en el resto del mundo. Ni siquiera parecía de plata.

Se lo guardó en el bolsillo.

El cuerpo del francés comenzaba a moverse. Le golpeó de nuevo en la sien y luego se dedicó a la habitación en sí.

Allí estaba. Junto a la lámpara del techo. Algo que a cualquiera hubiera podido parecerle un simple empalme para unir dos cables eléctricos, pero del cual partía un hilo muy fino que corría a esconderse en la moldura del techo.

Tanteando con el dedo la siguió hasta que la perdió en el cuarto de baño.

Con una sonrisa, ojeó esta última habitación. O mucho se equivocaba o el hilo debería llegar hasta la cisterna baja del retrete.

Allí la encontró. Un pequeño agujerito casi como el que pudiese haber sido producido por un clavo, llevaba el hilo afuera, por la ventana.

El trabajo no era perfecto ni mucho menos. Custance los había visto muchísimo mejores, pero podía servir. Lo malo es que no estaba en condiciones de saber dónde se dirigía el hilo una vez fuera de la casa. Podía ser a cualquiera de los cuartos laterales, al de arriba o al de abajo.

Volvió a la sala. El francés continuaba en la misma postura. Salió cerrando la puerta tras de sí y bajó a la calle.

Comenzaba a llover ligeramente. Subió a su coche y se dirigió hacia Cavendish. Dorcas vivía en un apartamento en una callecita junto a la plaza. Le abrió la puerta a la primera llamada.

—Pasa. Por cierto, ¿a qué se debe esta visita?

Custance ya estaba dentro. Una salita pequeña, pero acogedora, con buenos sillones, aparato de televisión y libros.

Step pasó un brazo por la cintura de la muchacha.

—Eh —dijo ella—, ¿no empiezas demasiado pronto? Se supone que eso sólo llega después de un número conveniente de ginebras o de *whiskys*.

—Un ron, querida. Eso es lo que me vendría bien ahora.

Ella se desasíó y fue hacia el mueble-bar. Sacó una botella de «Negrita» y sirvió una copa.

—Aún no me has dicho a qué se debe que te hayas acordado de pronto de mí.

—Fue como... una revelación Dorcas. De pronto me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no te veía y pensé recuperar el tiempo perdido.

—Un poco tarde —respondió ella moviendo la rubia cabeza—. Derek y yo estamos... casi comprometidos.

—Un «casi» es poco definitivo Dorcas. ¿Lo estáis o no lo estáis?

La joven tenía ojos verdosos, ligeramente rasgados. Ahora lo observaba atentamente.

—Por lo pronto, yo pienso que ese «casi» es definitivo, al menos en lo que se relaciona contigo.

—Me haces muy desgraciado —afirmó Custance bebiendo un trago de su ron.

—Tuviste tu oportunidad y la desaprovechaste, querido.

—Nunca creí que te consolases tan fácilmente.

—Y —añadió ella como si no le hubiese oído—. Derek significa la seguridad. Eso vale mucho en estos tiempos para una joven con

ciertas ambiciones.

—Y yo significaba la inseguridad.

—Por supuesto, querido. La más completa y desoladora inseguridad.

El teléfono sonó. Dorcas fue hasta él.

—¿Sí? Hola, querido. No, no me he acostado aún, ni pienso hacerlo todavía.

Lanzó una larga mirada en dirección a Custance.

—Bueno, si no puedes venir... Lo comprendo, querido. No te preocupes. No, tengo bastante por leer. No me aburriré. Gracias, querido. Hasta mañana.

Colgó. Step dijo:

—No le has dicho que estaba yo aquí.

—No —fue la seca respuesta—. Antes quiero saber qué es exactamente lo que deseas, y por qué de pronto te has acordado de que estoy en el mundo y de que sigo existiendo.

Step dejó la copa sobre la mesita.

—Hace algún tiempo que no veo a Derek —dijo—. ¿Cómo sigue el viejo amigo?

—Muy bien. Escala puestos lenta pero seguramente. Y llegará lejos.

—Y tú quieres llegar lejos con él.

Ella asintió gravemente.

—Por supuesto. Pero, al mismo tiempo, le amo.

—Oh.

—Lo digo en serio.

—Querida Dorcas, tú ganas un buen sueldo y también escalas puestos. Ser secretaria particular de Shackville es algo por lo que muchas chicas darían bastante.

Dorcas movió la cabeza.

—Me gusta el matrimonio. No quiero ser la «vieja Dorcas, esa chica que te resuelve los problemas en el departamento», cuando hayan pasado los años y haya perdido la figura.

—Que, por cierto, continúa tan admirable como siempre.

Dio un paso hacia ella y le echó el brazo sobre los hombros. Ella se envaró ligeramente.

—No comiences, Step. No irías muy lejos.

—Vamos, vamos, no puedes hablar en serio. Derek es un buen

muchacho, pero... si comienzas a hacer comparaciones entre él y yo...

Dorcas se soltó. Sin violencia.

—No comiences.

Step la atrajo hacia sí. Los labios de Dorcas estaban fríos. No mucho, y Step los sintió temblar bajo los suyos. Pero la joven se apartó.

—No quiero, Step, no quiero comenzar de nuevo.

—Incorruptible, ¿eh?

—Sí.

Lo había dicho en voz baja. Su cuerpo, en los brazos de él, estaba tenso. En sus ojos verdes había una mirada ligeramente turbia, que Step conocía bien. Podría llegar al final con un ataque continuado, pero no lo deseaba. Ahora sabía lo que había ido a buscar.

La soltó. Luego, dijo:

—Dorcas, ¿qué me dices de ese francés?

—¿Qué...? —Ella parecía aún turbada por la proximidad del hombre—. ¿Qué francés?

—Ese tipo del Ministerio.

—¿Qué sabes de él? —La voz de la mujer sonaba controlada, pero ligeramente vibrante—. ¿Quién te ha hablado de él?

—Oh, no lo recuerdo. Pero alguien te vio con él.

—Mentira. He pasado con él el fin de semana... en casa de lord Shackville. Y estaba también «tu amigo» Derek. Al menos él piensa que eres su amigo, aunque ahora me temo que yo no piense lo mismo.

Step se rió.

—Dame otro ron, y me largo.

—Pensaba echarte sin el último trago. Y hazte un lavado de cerebro con respecto a franceses, ingleses y chinos. Para mí no hay otra persona que Derek en este momento.

Le sirvió el vaso. Luego, al alargárselo, dijo:

—Y ahora, querido —ese «querido» arañaba—, lárgate de una vez. Y procura no llamarme de nuevo. No te respondería.

—Oh...

Bebió y salió de la habitación. Lo último que vio fue la esbelta figura de la joven, plantada en medio del cuarto.

CAPÍTULO IV

—¿Qué has hecho qué? —preguntó Derek abriendo mucho los ojos, y con voz ligeramente chillona.

—Ya lo has oído. Le golpeé y registré la habitación.

—Pero... ¿no te das cuenta de que sospechará inmediatamente de mí? ¿Es que te has vuelto loco?

—Por supuesto que no. Sírvenme otro vaso de ese «Chivas», Derek.

Las manos del funcionario temblaban ligeramente cuando sirvió la bebida.

—Por Dios, Step, me has puesto en un compromiso horrible. Ese tipo llevará esa cinta a...

—No la llevará a ninguna parte. Él te necesita. Métete eso en la cabeza.

—Pero... relacionará ambas cosas.

—Que lo haga.

Estaban en la biblioteca de Drummond. Los libros llegaban hasta el techo, encuadernados en pieles oscuras. La habitación entera proclamaba dinero.

—Que lo haga, Derek. En primer lugar, no es seguro qué lo relacione. Me he llevado las cosas que un ratero cualquiera se hubiera llevado. Lo único que puede recordar es mi cara. Bien, que la recuerde. Estoy seguro de que lo último que hará será llamar a la policía, porque no le interesa. Mézetelo en la cabeza, Derek. Tal vez te llame y te interrogué. No sabes nada de nada.

—Claro, para ti es muy fácil, pero yo tengo la espada pendiente de mi cabeza.

—Derek...

El otro se volvió hacia él.

—¿Para qué podría querer Saint-Dioule un magnetofón de bolsillo con una cinta en la que no hay otra cosa que un trozo de

música de Mozart?

—¿Qué diablos quieres que sepa yo? ¿Qué trozo de música?

—El andante de la primera casación.

—Espera... La noche en que fue a mi cuarto, en casa de Shackville, oí eso mismo cuando se fue. Sí, por Dios, lo oí. ¿Qué puede querer decir eso?

—Tal vez sea un fanático de esa música. O tal vez no. Pero es algo que voy a averiguar. Lo mismo que quiero averiguar por qué él está controlado.

—¿Qué diablos quieres decir?

—Hay un micrófono, por lo menos, en su cuarto del hotel. Con un hilo que sale al exterior.

Derek lo miraba asombrado.

—¿Qué puede querer decir eso? ¡Santo Dios!

—Lo ignoro aún. Escucha, Derek, él ha quedado en enviarte a alguien el jueves, ¿no es así?

—Ponerse en contacto, sí.

—Pues bien, yo estaré presente. Por lo menos trataré de estarlo. Quiero saber quién se pone en contacto contigo y lo que quiere. Hasta entonces, no haremos nada.

—Step, no sé si voy a poder resistirlo. Para ti es cosa de nada, pero para mí la carrera lo es todo. No resistiría perderla, y... Oh, Dios, no quiero ni pensarlo.

—¿Tu carrera lo es todo? ¿Y Dorcas?

—¿Dorcas? ¿A qué viene meterla en esto?

—¿No piensas casarte con ella?

—Eso es algo... Bueno, no sé si nos casaremos o no, pero no tiene nada que ver con el asunto.

—¿Estás enamorado de ella?

—¿Lo estoy? No lo sé. Nos avenimos bien, nos compenetramos y pienso que Shackville aprobaría el casamiento.

—Ah, Shackville lo aprobaría. Eso significa mucho para ti, ¿verdad?

—Pues claro que sí. Por supuesto. ¿Qué diablos quieres dar a entender? ¿Qué no me casaría con ella si el viejo...?

—No. Pero todo ayuda, ¿verdad?

Derek respiró hondamente.

—A veces me pregunto si no hice mal en meterte en esto.

—Puedo salir tan pronto como lo desees. No tienes más que decirlo. Acabo de golpear a un hombre y robarle para dar la sensación de que se trataba de un asalto. Imagínate que la policía me cogiese el botín. ¿Cuánto tiempo crees que tardaría en verme privado de mi licencia?

—No quise decir eso. Escucha, se trata de que mi vida privada debe quedar al margen de...

Step se puso en pie. Dominaba a Derek con su estatura.

—Escucha tú ahora. A partir del momento en qué Saint-Dioule te amenazó, ya has dejado de tener vida privada. Al menos, para él. Y por tanto, para mí, si es que quieres que continúe en el asunto. Decide. Ahora.

—Está bien.

Estaba haciendo un gran esfuerzo sobre sí mismo.

—Sigue, Step. Cualquier cosa es mejor que esta incertidumbre.

—En ese caso, contesta a lo siguiente: ¿tienes confianza en Dorcas?

—Pues... claro que sí. Por supuesto que sí.

—¿Completa?

—Pues... sí.

—Ya veo. ¿Cuánto gana ella?

—Pues... eso no lo sé, Step. Puede que sea... Bueno, gana bastante. Shackville tiene plena confianza en ella.

—Vive bastante bien.

—¿Cómo lo sabes...? Bueno, sí, estuviste en su casa conmigo en cierta ocasión. Pero eso no tiene nada que ver.

—En cuanto a ese Boles, ¿qué me dices de él? ¿Tienes algún motivo para pensar por qué Saint-Dioule se dirigió a ti y no a él para el chantaje? ¿Estuvo en Rusia también?

—Sí.

—Y es el segundo de a bordo. ¿No le habrán presionado a él también?

—Pues... diablos, me pones en un compromiso. No lo sé, simplemente. Tal vez lo hayan hecho y... tal vez no.

—Si fraguaron tu cinta magnetofónica, igual pudieron hacerlo con alguna conversación que él mantuviera con Averastov.

—Pues... ahora que lo dices, sería posible. Oh, esos demonios...

—Olvídate de recriminar. El espionaje industrial es algo

demasiado corriente como para que nos pongamos a gritar como inocentes criaturas. Lo hacemos nosotros, lo hacen los franceses, los italianos y cualquiera. Nos molesta que nos roben cosas, pero robamos a los demás. Y, además, da bastante más dinero que el espionaje político o militar.

Hablaba con tono duro. Derek se encogió.

—Éste... bueno, supongo que sí, pero nunca pensé que me ocurriría a mí una cosa por el estilo.

—Hace poco robaron los italianos unos simples modelos de alta costura. Hubo un proceso, ¿lo recuerdas? Los franceses pusieron el grito en el cielo, y lo llevaron a los tribunales internacionales. Ganaron el pleito, pero ya los italianos habían fabricado muchos vestidos que muchas mujeres llevaban. La moda podrá parecer una idiotez, pero maneja millones. El *Concorde* manejará muchos más. Vete haciendo a la idea de que en este momento en Rusia hay muchos ojos dirigidos hacia el *Tupolev* y sus características y sus fallos. Nosotros no las hemos fabricado, pero ésas son las reglas del juego. Las seguimos o nos quedamos atrás.

Derek se sirvió un *whisky*.

—Bueno, ¿dónde quieres ir a parar?

—Que tomes esto como un pugilato. Saint-Dioule juega su baza. Golpea cuando le hace falta. Pero ¿a quién sirve? ¿A qué intereses? ¿Los suyos propios? ¿O los de alguien?

—No había pensado en esa faceta. Yo... yo creí que se trataba de un espionaje... como el que se hace en otros casos.

—¿Secretos atómicos? ¿Militares? Bueno, muchacho ve quitándotelo de la cabeza. Saint-Dioule tiene un objetivo, sea suyo o de otros. Y ese objetivo no es militar. Y, además, alguien no se fía de él. Lo demuestra el hecho de que se halla bajo vigilancia.

Hizo una pausa.

—El hecho de que Saint-Dioule tenga un amaño de mis conversaciones con Averastov puede indicar que trabaja para los rusos, ¿no? —preguntó Derek.

—No lo sé —fue la respuesta—. No necesariamente, pero es muy posible.

—En ese caso, ¿no podríamos buscar por ahí?

—¿Qué es lo que crees que pienso hacer?

—Lo siento, Step. Creo que apenas soy capaz de pensar.

—Lo sé, viejo.

Le dio una palmada en el hombro.

—Vete a la cama. Y recuerda, el jueves, tan pronto entren en contacto contigo, llámame desde el Ministerio y dímelo. ¿Entendido?

—Sí, claro, por supuesto.

Step terminó su bebida y se dirigió a la puerta.

—Ese criado tuyo... el negro, ¿tienes confianza en él?

—Completa. Bueno... nunca me lo he preguntado, pero ya estuvo en casa antes de morir mi padre.

—¿De dónde procede?

—Es jamaicano.

Step le alargó la mano.

—Hasta el jueves. No intentes llamarme antes. Sólo cuando ellos se pongan en contacto contigo.

Se bajó del coche y estiró los largos brazos. El encargado de la gasolinera lo miró interrogativamente.

—Llénelo —dijo Step.

Cuando el empleado terminó, le alargó un billete doblado en dos, sujetándolo entre los dedos.

—Se me olvidaba —dijo—. No conozco el camino para la casa de lord Shackville.

El otro tomó el billete y le dio un ligero tironcito.

—No tiene pérdida, señor. En la milla cuarenta y cinco hay un camino vecinal. Cruza un bosque de castaños. Dos millas y llega.

—Gracias. Quédese con el sobrante.

Le dejó el billete en la mano. El hombre se guardó las cinco libras y se llevó la mano a la gorra.

—¿Le limpio un poco el cristal trasero, señor?

—Hágalo. Ese camino de que habla, ¿sólo lleva a la casa de lord Shackville?

—Sí, señor.

—Y hay allí un pantano, ¿no?

—Bueno, no lo llamamos pantano. Es un cazadero propiedad de milord. Patos, cercetas... Bueno, al que le guste la caza, como a milord...

—Ya lo sé. Y gitanos. Creo que he visto alguno al llegar.

El hombre hizo un gesto.

—¿Gitanos? Bueno, creo que no he visto ninguno desde el año pasado.

—¿No los hay ahora?

Una mujer había aparecido en la puerta de la gasolinera. Se limpiaba las manos en el delantal.

—Yo, sí —dijo—. ¿No te acuerdas que te lo dije, Tom? Había una el otro día. ¿No recuerdas que te lo dije?

—Oh, Molly, por Dios. Aquello no era una gitana.

—Lo era.

—No lo era.

—Bueno, si no voy a creer en mis propios ojos...

—No he visto un gitano desde el año pasado, cuando acamparon en el Common.

—Creo que su mujer tiene razón —dijo Step sonriendo—. Yo he visto una. Llevaba una falda de colores.

—Justo —dijo la mujer—. Te lo dije, Tom. La vi el sábado... no, el viernes Sí, eso era. Estaba yo ahí afuera cuando la vi. Y era una gitana, no pretendas hacerme creer lo contrario.

—¿Hay algún campamento por aquí? —preguntó Step.

—No, desde el año pasado —insistió el de la gasolinera.

* * *

El pequeño pueblecito estaba media milla más allá. En la calle Principal, donde estaban los comercios, se detuvo en la taberna, que debía datar de los tiempos de Carlos II al menos. Hacía bastante frío, y pidió un *grog*. Había allí diez o doce personas. Los hombres miraban al tiro de flechas, en el que dos individuos estaban compitiendo en ese momento.

Bebió un sorbo. Estaba fuerte, caliente y bueno.

—Lo necesitaba —dijo. El tabernero lo miró con simpatía. Era un tipo grueso, de robustos brazos.

—Beba otro, entonces, caballero. Hace frío, ¿no?

—Lo hace. ¿Y sabe lo que me ha hecho parar aquí?

—No tengo ni idea, señor.

—Un amigo... Me dijo que... bueno, usted se va a reír.

—No, señor. ¿Qué le dijo?

—Parece tonto, ya le digo. Pero yo creo en esas cosas. Me dijo que había una gitana que le había predicho el porvenir. Y le dijo que iba a acertar en las quinielas de fútbol. Ja, ja.

—¿Eso le dijo? Ya quisiera yo que me lo hicieran a mí. Bueno, supongo que a todos nos hace falta en estos tiempos. ¿Una gitana, dice?

—Sí, eso me dijo mi amigo.

—¿Su amigo vive aquí?

—Oh, no, vino de paso... El viernes, creo. Supongo que no andará esa gitana por aquí, ¿no?

El tabernero alzó la voz dirigiéndose a uno de los dos mocetones que tiraban las flechas contra el blanco, en el rincón.

—¡Eh, Bill! Tu gitana le dice a la gente si van a acertar o no en las quinielas.

Bill se volvió. Tenía el rostro enrojecido y sudoroso.

—No es mía, Al, te lo he dicho muchas veces. Sólo la vi y le pregunté lo que hacía en mi campo.

—¿Usted habló con ella, entonces? —preguntó Step.

—Como estoy hablando con usted. Pero no me dijo nada acerca de las quinielas. Si lo hubiera hecho, ya estaría yo rellenando boletos a cien millas por hora.

Se rió, estruendosamente. Step le dijo:

—¿No quiere tomar algo conmigo?

—Con gusto, señor. ¿Qué pasa con la gitana? ¿La buscan? Me dijo el constable que no había nada contra ella.

—¿Usted le habló a la policía de ella?

—Pues, escuche, la cosa fue así: la vi en mis campos. Bueno, cruzaba una cerca entre mi campo y los de lord Shackville. Y le pregunté. Diablos, era una chica estupenda, pese a ser gitana.

—¿Sí? ¿Y qué le dijo ella?

—Me dijo: «Dispense, señor, no quería robar ningún gallinero. Sólo encontrar el camino». Así que le dije dónde estaba el camino y se marchó. Pero yo no la denuncié al constable. Sólo hablé de ella con él y entonces el constable me dijo: «No te preocupes, Bill, no hay ningún campamento de gitanos, pero si quieres echaré una ojeada». «No te preocupes —le respondí—. No tiene importancia. Y era una chica preciosa».

—¿Eso cuándo fue?

—Pues... el viernes, eso es. El viernes.

—Bueno, no preguntaba sino por curiosidad. Aún no sé si mi amigo ganará o no en las quinielas.

—Avíseme y la buscaremos por aquí, si es que está todavía.

Terminó su bebida y se despidió. Cuando salió, el sol se estaba poniendo. Densas nubes aparecían por el Este. Probablemente estaría lloviendo en el canal. Y no tardaría en hacerlo aquí.

Guió el coche hasta salir del pueblo. Tomó el camino que le indicó el dueño de la gasolinera y pronto llegó al desvío. Solamente se había cruzado con dos coches.

Y entonces vio el otro coche. Estaba parado un poco antes del suyo, junto a unos olmos.

Se apeó y caminó hacia el otro vehículo. A la media luz, pudo ver que había alguien de pie, ante el capó.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó.

No era un hombre, sino una mujer. Alzó la cabeza.

—Gracias, pero creo que podré arreglármelas sola.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Creo que la bomba de admisión. Bueno, gracias de todas maneras.

—¿Me permite que le eche una ojeada?

—No es necesario, de veras. Ya lo he arreglado.

Bajó el capó y dio la vuelta para entrar en el coche. Era alta, esbelta y llevaba un chaquetón de pana y pantalones del mismo tejido.

Dio a la llave de arranque y el motor comenzó a funcionar. Era un «MG» color gris, descapotable.

—Gracias —le lanzó y el coche arrancó suave y con fuerza. Un momento después se había perdido de vista.

Step volvió a su coche. Lo puso en marcha y continuó.

Vio la finca enseguida. Estaba separada del camino por una alta verja de hierro. Junto a ésta había una casita con tejado de bálago, y una luz en la ventana.

Se bajó y llamó al timbre eléctrico. La puerta de la casita se abrió y un hombre salió. Comenzaba a llover.

—¿Qué desea?

—Oiga, me he quedado sin gasolina. ¿No podrían venderme una lata? La suficiente como para llegar al pueblo.

—¿De dónde viene? Este camino no va más que a la casa.

—Creo que me equivoqué. De lo contrario ya estaría en el pueblo. ¿No podría venderme esa gasolina?

—Veré lo que puedo hacer.

Entró en la casita. La lluvia arreciaba y dos relámpagos cortaron el horizonte como latigazos.

El hombre salió de nuevo, abrió la puerta con un mando eléctrico, y salió.

—Es lo único que tengo, pero podrá llegar al pueblo. ¿Dice que equivocó el camino?

—Eso dije. Vi otro coche, pero no me dio tiempo a pedirle gasolina al ocupante. Un «MG». ¿No ha llegado ya?

—No ha llegado ningún coche aparte del suyo. Ya le digo que este camino sólo lleva hasta la casa. Es aquélla. Lord Shackville es el dueño.

—He oído hablar de él. Bueno, gracias.

Le dio un billete de cinco libras. El hombre dijo:

—No tengo cambio.

—Quédese. Es raro, oiga. El coche ese, el «MG».

El hombre se llevó la mano a la gorra de visera.

—No ha venido. No ha entrado.

—¿Es que hay otro camino?

—Ninguno. Bueno, un sendero entre el bosque, que lleva al pantano. Pero un coche grande no podría pasar por él.

—Bueno, gracias. Métase. No se quede mojándose por mí. Gracias.

El hombre saludó de nuevo, entró y cerró la cancela. Step se entretuvo haciendo como que pasaba la gasolina al depósito, y cuando el otro cerró la puerta de la casita arrancó.

Vio el sendero inmediatamente, a la derecha. Sin vacilar, se introdujo en él. Efectivamente, era demasiado angosto, incluso para un coche estrecho como su «Anglia». Las ramas desnudas de los olmos golpeaban la carrocería.

Había recorrido unas trescientas yardas, cuando vio el coche. Un «MG» gris.

Paró junto a él. Parecía vacío. Al menos no veía a nadie dentro.

Se bajó del suyo, después de ponerse la trinchera. Atisbo por las ventanillas laterales y en efecto vio que nadie había en el interior.

Amparando la llama con las manos, encendió un cigarrillo y esperó.

CAPÍTULO V

La lluvia caía intermitentemente, pero los relámpagos no cesaban en el horizonte. A la luz de uno de ellos, la vio. Llegaba por entre los troncos de los árboles.

Debió observar algo, porque se detuvo al borde del sendero.

—Soy yo —dijo Step.

La mujer salió al sendero. Llevaba el cuello del chaquetón subido, y estaba bastante mojada. Aún no había oscurecido, pero faltaba poco.

—¿Qué quiere? —preguntó ella.

Podía ver su rostro. Los cabellos los llevaba recogidos bajo una boina. Tenía ojos oscuros a la media luz.

—Tal vez lo mismo que usted. Dar un paseo. ¿Cómo va su coche?

Ella lanzó una ojeada a los dos automóviles.

—Va bien. No ha vuelto a molestar. Pero ahora me dirá cómo voy a salir, con su cafetera cerrando el camino.

—Sí, en efecto, parece un poco difícil.

—Haga el favor de quitarlo de en medio.

—Todo a su debido tiempo.

—¿Qué es lo que quiere? Vamos, dígalos y apártese.

Step arrojó la punta del cigarrillo.

—Le prevengo una cosa —dijo ella—. No intente tocarme o algo por el estilo.

No había miedo en su tono. Era firme, pero... ¿precavido?

—No lo había pensado. Pero el caso es que estamos aquí, solos en medio de este bosque... No parece mal sitio para un asalto, ¿verdad? Si yo fuese un maniaco sexual o alguna cosa así, no podría haber elegido nada mejor.

—No, en efecto.

Sacó la mano del chaquetón.

—No, si no fuera por... esto.

Esto era una pistola.

—Cualquiera me aplaudiría si disparase contra un individuo que me intentaba asaltar en un bosque. Así que métase en su coche y de marcha atrás.

—¿Qué hace usted aquí? Por aquí no se va a ningún lado.

—No le importa. ¿Se aparta o no?

—Por supuesto.

Se volvió, como si fuera a entrar en el «Anglia» y luego, repentinamente, dio un salto de costado y otro hacia adelante.

¡Bang!

La bala le hubiera alcanzado en el hombro de no haberse agachado. La mujer había tirado a hacer carne.

Le dio un golpe en el brazo, le hizo una zancadilla y la derribó al suelo. La pistola había saltado de la mano de la mujer. Ésta, en silencio, luchaba con fiereza.

Una de sus manos fue derecha a la cara de Step, y le hubiera saltado un ojo de no haberse apartado a tiempo.

Logró sujetarle ambos brazos y durante un momento permanecieron quietos, en el suelo.

—No quiero un asalto sexual —dijo Step entre dientes—. Si se está quieta no le ocurrirá nada.

—Suélteme, cerdo.

—Lo haré tan pronto como me prometa no saltarme un ojo.

Se puso en pie y buscó la pistola. Estaba un poco más allá, en el suelo. Se agachó para recogerla y en ese momento el cerebro le estalló en un millón de chispas.

Perdió el conocimiento.

Cuando lo recobró, se sentía como después de una borrachera con ron. La cabeza le daba vueltas y le costó darse cuenta de dónde estaba.

Recordó todo un minuto después. La mujer le había golpeado. ¿Con qué diablos?

La oscuridad era absoluta y llovía. A la luz de un relámpago vio que la mujer debía haber apartado su coche. Simplemente lo había empotrado entre dos árboles, para abrirse camino. Recordó que él había dejado la llave puesta. Ella lo habría puesto en marcha, y lo había metido en el bosque.

Sintiendo miedo, tocó el salpicadero. Lanzó un suspiro. La mujer se había llevado la llave, pero él tenía otra en su llavero. Menos mal.

Lo puso en marcha. Le costó bastante sacarlo de entre los troncos de los olmos, y cuando lo consiguió, la carrocería estaba bastante arruinada.

Eran las ocho cuando llegó al pueblo. Se detuvo de nuevo ante el surtidor.

—¿Han visto un «MG» gris? —preguntó al dueño. El hombre movió la cabeza afirmativamente.

—Pasó hace una hora o cosa así, pero no se detuvo. —¿Qué dirección llevaba?

—Hacia Shipley. Oiga, ¿se ha caído usted en el barro? Está todo...

Step emprendió de nuevo la marcha hacia Londres.

—Step, por fin lo han hecho.

Custance buscó un cigarrillo en el paquete. Lo encendió. La voz de Drummond sonaba excitada, casi chillona.

—Cálmate. ¿Qué te han dicho?

—Me ha llamado quien tú sabes. Alguien se pondrá en contacto conmigo esta misma tarde. Tengo que estar en la galería Tate a las seis. En la sala de pintura francesa.

—Ve allí.

—Pero... ¿estarás tú?

—No te preocupes. Estaré.

—Por Dios, no me falles, tengo... No puedo seguir hablando.

Colgó. Step acabó el cigarrillo. Eran las once de la mañana. Tenía encima de la mesa un plano topográfico de los pantanos de Heath. Puso un dedo en el caminito en que dos noches antes había encontrado a la mujer. El camino terminaba justo en los pantanos, cerca de una cabaña de espera para los patos salvajes. Todo aquel territorio pertenecía a lord Shackville.

Luego puso en marcha el magnetofón que había quitado a Saint-Dioule. En el aire en calma se elevó, como una columna de cristal, el Andante de la Casación.

La puerta se abrió. Emelyn apareció en ella.

—¿Qué diablos estás haciendo?

Step alzó lentamente los ojos. Emelyn era el producto

perfectamente acabado de un padre indio oriental y una madre negra. Su tono era muy claro, y sus cabellos negros. Los llevaba muy largos, sin sujetarlos con nada. Había nacido en la Guayana inglesa y le servía de secretaria desde hacía un año.

—Emelyn, tú has estudiado música. Dime qué te parece esta grabación.

La muchacha caminó hasta la mesa, cimbreado unas caderas que la hubieran hecho famosa en un *strip-tease*. Llevaba una túnica azul clara, de lana, y pantalones azul oscuros, de seda.

Los rasgados ojos examinaron el magnetofón.

—Ponía otra vez.

Step lo hizo. Ella escuchó silenciosamente durante dos minutos.

—Por Dios, eso es muy malo. No creo que lo haya grabado ninguna orquesta de cámara medianamente buena. El *tempo* falla y uno de los violines parece un renacuajo en una charca.

—Me lo había parecido.

Step se puso en pie.

—Jovencita, te voy a necesitar.

Ella colocó las manos sobre las caderas.

—¿Para qué? Te portaste anoche como un cerdo. Habías bebido demasiado y...

—Me habían dado un golpe en la cabeza, eso es todo. Tienes la desagradable costumbre de atribuir todos los males a la bebida... de los demás. Necesito que esta tarde estés a las seis delante de la Tate con tu coche. Cómo vas a conseguir que te dejen aparcar, es algo que tendrás que resolver por ti misma. Si es necesario, seduces al guardia, pero quiero que cuando yo arranque de allí, veas si alguien me sigue.

Ella inclinó la morena cabeza. Sus hermosos senos parecían a punto de romper la túnica.

—¿Nada más, *bwana*?

—Por el momento. Si alguien me sigue, en coche o a pie, síguelo tú a él. Y utiliza el teléfono del coche. Me ha costado demasiado dinero para que lo uses sólo para citarte con tus amiguitos del otro lado del charco.

—Cerdo.

—Y ahora, lo siento, pero tengo que hacer. No te marches del despacho. Te llamaré dentro de un rato.

Ella quitó la funda a la máquina y se sentó. Los rojos labios dejaban al descubierto dos filas de dientes blancos y ligeramente puntiagudos.

—Necesito dinero —dijo.

Step firmó un cheque rápidamente y se lo alargó. Luego salió.

A las seis menos cuarto estaba en la galería Tate, en Grosvenor Road. Desde la puerta principal, frente al río, vio cómo llegaba el coche de Drummond, y cómo descendía éste.

Step llevaba en la mano una cámara fotográfica. Había mirado varias veces a través del visor, como si estuviera fotografiando el edificio y el puente de Wentsminster desde el de Lambeth. Cuando vio que Drummond entraba, lo siguió lentamente.

Sacó el billete y pasó el molinete. Aún tuvo tiempo de ver a Derek meterse en la galería de pintura francesa.

Había pocos visitantes, puesto que la galería cerraba a las seis. La mayoría, extranjeros.

Drummond llevaba el periódico bajo el brazo. Se detuvo en uno de los esquinazos, junto a la ventana, y pareció absorberse ante un Monet.

Y entonces, Step vio al hombre. Habíase acercado lentamente, mirando los cuadros hasta encontrarse junto a Drummond. Desde donde estaba, Step no pudo oírle, pero le vio mover los labios como si estuviera comentando algo para sí mismo.

Luego, el hombre continuó dando la vuelta a la sala y por fin salió. Step lo hizo tras de él.

Un vigilante dio tres palmadas junto a la puerta. Se iba a cerrar.

Step ya estaba en el vestíbulo. Vio al hombre salir a través del molinillo, y encaminarse hacia el río. Junto a la acera de la derecha, había aparcado un coche, un «Vauxhall» negro. Se metió en él y arrancó.

Y Step Custance detrás.

El «Vauxhall» siguió hasta el puente de Lambeth, torció a la derecha y prosiguió por Lambeth Road. Por el retrovisor, Custance pudo ver que Emelyn no le había seguido. De la guantera sacó el teléfono y marcó los tres números de Emelyn.

—Em, ¿qué haces?

—Llevas un coche a la cola, Step. Pero no sé si te sigue a ti o al otro.

—No lo pierdas —respondió Step mirando por el retrovisor—. ¿Qué clase de coche?

—Un «MG» gris.

Lo vio casi al instante. Las luces de Lambeth se lo mostraron claramente.

—No lo pierdas —insistió.

—Hay mucho tráfico —se quejó ella— Dios... ya me ha pescado el semáforo.

El semáforo no había podido detener al «MG» gris. Éste seguía tras de Custance, y Custance tras del «Vauxhall». Por fin, este último se detuvo en la calle Saint Trinity. Aparcó limpiamente, casi esquina a Dover, y el hombre se bajó.

Custance lo pasó lentamente. En ese momento se dio cuenta de que no tenía, detrás al «MG». Frunció el ceño ligeramente.

El hombre se había metido en una casa de tres pisos, encima de cuya puerta había un farol con el número 30.

Custance aparcó delante de él, colocándose de tal manera que estorbase al otro Si quería salir de nuevo. Entonces cogió el teléfono.

—Em, ¿dónde diablos estás?

—Step, he encontrado al «MG». Sigo por Blackfriars, pero no sé hasta dónde. Otro maldito semáforo y... Santo Dios, Step, creo que lo he vuelto a perder.

—Llámame si lo localizas de nuevo. Pero, por el amor de Dios, no te quedes callada esperando a que te llame yo.

—Lo haré.

Step se bajó del coche y caminó hacia el número 30. Un portal estrecho y mal iluminado se abrió ante él.

Volvió a salir y en ese momento vio llegar el coche de Drummond. La jugada era evidente. El hombre le debía haber dado las señas en la galería.

Drummond pasó por su lado. Llevaba el periódico y la cartera fuertemente cogidos en la mano. A la luz del farol, Step pudo ver que había finas gotas de sudor en su frente.

—Piso tercero —susurró, al pasar junto a Custance.

Y entró.

Step esperó durante unos minutos y luego entró a su vez. El portal acababa en un patio al que abrían dos puertas, y que en ese

momento estaba vacío. Pero una de las puertas se movía aún, sobre sus goznes.

La cruzó. Una escalera mal iluminada, también, y que se retorció sobre sí misma hacia lo alto. Cuando llegó al tercer piso, procuró no hacer el menor ruido. Solamente había una puerta. Y en ella, un letrero atornillado: «Duggs. B. A.».

Probó la puerta. Estaba cerrada, como ya suponía. Pensó durante un momento. Luego volvió a descender las escaleras, hasta llegar a la calle. Se metió en su coche y llamó a Em.

—Lo he perdido, Step —dijo la voz de la chica negra en tono lloroso—. Te juro que he hecho lo posible, pero ese tipo conduce como un loco. Se ha saltado dos semáforos. No sé ni cómo no lleva a un coche patrulla ya detrás. ¿Qué hago?

—Vuelve a la oficina. No te preocupes. Eso le puede ocurrir a cualquiera.

—¿Era muy importante, Step?

—No te preocupes, te digo. Vuelve a la oficina.

Colgó. Luego encendió un cigarrillo y esperó.

Hasta las siete y media no bajó Drummond. Miró a su alrededor, pero si vio el coche de Step no hizo el menor gesto. Caminó hasta el suyo, subió a él y desapareció entre la circulación, que cada vez se espesaba más.

Step esperó durante otra media hora. Por fin vio salir al hombre y meterse en el «Vauxhall». Lo siguió. El coche del otro tenía forzosamente que ir despacio debido al tráfico.

La persecución duró durante una hora. Cuando el «Vauxhall» se detuvo por fin, estaban en Lambeth.

Y delante del hotel Kashmir.

Step aparcó, y lo siguió rápidamente. Le vio pedir una llave en el casillero y llegó a tiempo de ver cuál era el número.

Salió y subió de nuevo a su coche.

Cuando llegó a su oficina, Emelyn estaba ya en ella. Tenía un aspecto decaído.

—Lo perdí, Step. Por Dios, conducía como un loco...

—¿No sería como una loca?

—Sí, eso quise de... ¡eh, Step!, ¿cómo diablos sabes que era una mujer? No pudiste verla.

—La vi.

Se dirigió al teléfono y marcó el número de Drummond. La voz de éste le llegó casi inmediatamente.

—Derek, aquí Step.

—Oye, ¿no dijiste que...?

—Lo dije, pero no hace falta ya. No estás controlado, Derek. Bien, ¿qué te ha dicho?

—Escucha, Step, esto es...

—¿Qué te ha dicho? Vamos, no pierdas tiempo.

—Me dijo que... bueno, me dio un formulario, con unas cuantas preguntas. Tengo que responder a ellas en menos de tres días, Step. Por Dios, creo que me voy a tener que pegar un tiro.

—No te pongas dramático, Derek. Olvídate de eso. Lo que necesito es que me digas qué cosas te han pedido.

—Detalles técnicos, Step. Probablemente no los entenderías.

Step opinaba de otra manera, pero le dejó hablar.

—El caso es que tengo que hacerlo, o enviarán esa cinta grabada al mismo Shackville.

—Tres días has dicho, ¿no?

—Sí, Step.

—Está bien. Ve preparando el *dossier* de respuestas.

—Pero ¿no comprendes que...?

—He dicho que vayas preparándolo.

Step procuró controlar su voz, hacerla conciliadora.

—Ve preparándolo. Para entonces ya sabremos algo. Palabra.

—¿Cierto, Step? ¿No me engañas? ¿Por qué no subiste y...?

—¿Estás loco? Prefiero cogerlos a mí manera, no a la suya. Si hubiera interrumpido vuestra conversación, a estas horas Saint-Dioule ya sabría que te defiendes, que no vas como una oveja al matadero. No, déjame a mí. ¿Conocías a ese hombre?

—No lo había visto en mi vida.

—Bien, te lo repito: no te preocupes. Yo me encargaré de todo.

Colgó y se volvió a la muchacha negra:

—Vamos, Em. Tenemos trabajo.

CAPÍTULO VI

El recepcionista del Kashmir contempló a la muchacha.

—Si no me dice su nombre... imposible, *miss*.

Emelyn llevaba un paquete en la mano. Hizo un gesto de desamparo. Su ligero abrigo, desabotonado, mostraba las curvas de su cuerpo. El recepcionista las siguió con la mirada.

—Haremos una cosa, *miss* —dijo confianzudamente—. Le llamo por teléfono y...

Emelyn se inclinó sobre el mostrador. La postura enarcó sus senos. El hombre se llevó una mano al cuello de la camisa, que de pronto debió venirle estrecho.

—Vaya, y yo que quería darle una sorpresa...

—Bueno, yo... Supongo que no me vendrá algún disgusto por esto.

—Seguro que no.

—Está bien. En el cuarto piso.

—Pero... él está, ¿verdad?

—Oh, sí, no ha salido, si es eso lo que quiere usted decir.

—Está bien. Subiré, le daré la sorpresa y...

—Muchas de esas sorpresas me gustaría que me dieran a mí.

—Un buen día le darán una —respondió la joven.

Se cruzó en el vestíbulo con Step, que había entrado con aire autoritario, como aquel que goza de todos los derechos. Step se apartó y ambos llegaron juntos al ascensor. A cualquiera le hubiera parecido absolutamente casual la maniobra.

—Piso cuarto —dijo ella en voz baja.

—Entra tú primero. Yo lo haré después.

—Conforme.

Aprovechando que estaban los dos solos en el ascensor, la cogió por la cintura y la besó en los labios. Durante un momento permanecieron juntos, pero ya llegaban al piso cuarto.

La muchacha llamó con los nudillos. Una voz preguntó quién era.

—La camarera, señor —dijo—. Tengo que cambiar las toallas.

La puerta se abrió unos centímetros.

—Oiga, lárguese...

Step Custance puso su enorme mano sobre la puerta y la empujó con fuerza. Luego, entraron. Cerró tras de sí.

El hombre era de mediana estatura, de pelo rubio y aspecto desagradable. Tenía granos en la cara e iba mal afeitado.

Pero no perdía tiempo. El empujón lo había enviado casi hasta la pared, pero su mano ya iba hacia el sobaco.

Step lo acorraló. Le sujetó la mano con la suya y con la otra lo abofeteó. Sabía perfectamente que las defensas de un hombre bajan cuando es atacado sin mediar palabra, sin darle tiempo a «calentarse».

Le sacó una pistola del bolsillo y se la lanzó a Emelyn. Ésta la cogió y la mantuvo en la mano.

—Muy bien —dijo Step.

Lo tiró contra un sillón, donde cayó, desmadejado.

Step se le quedó mirando, con los ojos entornados.

—Tus papeles —dijo.

—¿Es usted de la policía?

—Piensa lo que quieras. Vamos, tus papeles.

—Yo...

Llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón. Al instante, Step se puso a su lado.

—Sólo iba a sacar los papeles.

—Hazlo.

El hombre obedeció. Step los cogió y se los metió en el bolsillo, tras lanzarles una ojeada.

—Deja todo lo que tengas en los bolsillos sobre la mesa.

Aparecieron llaves, una cajita, dinero, un par de bolígrafos y una navaja de muelles.

Step cogió la caja y la abrió. Contenía una cinta magnetofónica.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Oiga, ¿usted es de la policía?

—Ya te he dicho que pienses lo que quieras. Ahora, escúchame bien. Vas a venir con nosotros. Al pasar delante del portero procura

no hacer un solo movimiento que le haga sospechar, o te clavo la navaja. Vamos.

Cogió la trinchera, se la puso al brazo, enrollada, y en la mano del mismo lado sostuvo la navaja. Se pegó al otro.

—Andando.

Emelyn abrió la puerta. Step alzó los ojos.

—Adentro —dijo una voz—. No se muevan.

Step retrocedió un paso. En la puerta estaba la muchacha del traje gris y del pañuelo en la cabeza. La dueña del «MG».

Y tenía una pistola en la mano.

—Vamos, adentro.

Se volvió ligeramente hacia Emelyn.

—Usted, póngase junto al hombre.

Emelyn obedeció.

El hombre se separó de Step y de pronto le golpeó en la cara. El detective apenas pestañeó.

—Maldito asqueroso, te voy a matar.

—No hará usted nada de eso —respondió la muchacha...

—Me ha robado. Y me ha pegado, ¡a mí! Le voy a dejar sin...

Alzó la pierna, amenazando al bajo vientre de Step.

—¡Quieto, he dicho! Apártese.

—¡Lo mataré!

Los ojos de la muchacha brillaban decididamente.

—¡He dicho que se aparte!

—¡Está usted de mi parte! ¿No? Pues entonces...

—Si ese tipo me toca otra vez, lo doblaré en dos —dijo Step con voz tranquila—. ¿Quién es usted?

—Parece que soy yo quien tiene derecho a preguntar en estos momentos. Al menos, tengo la fuerza en mis manos. Así que cierre la boca. Y usted, señorita, si vuelve a dar un paso hacia mí, dispararé. No le gustará que le agujeree la cara, ¿verdad?

—No —admitió Emelyn sonriendo—. No me gustaría, *miss*.

—Entonces, póngase de cara a la pared.

Emelyn obedeció tras de lanzar una relampagueante mirada a Step. Su esbelto cuerpo quedó de cara a la pared.

—Deme esa caja —dijo ella al hombre rubio.

—¿Qué? ¿Para qué la quiere usted?

—Démela he dicho. No parece haber comprendido.

—Oiga, a usted no la han enviado para...

—¿Para qué? Deme esa caja.

El hombre alcanzó la cajita y se la tendió. La muchacha la cogió con la mano izquierda. Step la contemplaba atentamente. La vez anterior la había visto a la media luz del ocaso. Ahora podía observarla a su placer.

Era rubia, y llevaba el pelo corto, lo que se advertía pese al pañuelo que lo cubría. Llevaba un abrigo claro, abierto, que permitía ver un vestido de lana. Tenía la boca grande y los pómulos salientes. No era bella, pero sí muy atractiva.

Miró a Step.

—Identifíquese.

—Oiga —dijo el rubio—. Yo creo que no es un policía, pero al principio creí que sí.

—Cállese. Vamos, identifíquese.

—¿Y si no quiero? —preguntó Step.

—Dispararía contra usted.

—¿Me mataría, aquí, en un hotel público?

—No, pero sí lo dejaría sin sentido.

Step miró la pistola. Parecía normal.

—Dispara balas de goma. A tan corta distancia hacen mucho daño. Y sé dónde darle para que quede indefenso.

—Posible. Bien, voy a meter la mano en el bolsillo. No pienso sacar ningún arma.

—Hágalo.

Parecía muy tranquila. Su mano, que sostenía la pistola, no se movía ni un milímetro en una u otra dirección.

Step estaba pensando furiosamente, pero no veía solución. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó su carnet de investigador. Se lo tendió.

—Déselo a ese hombre. Y usted, pásemelo a mí. Pero no se ponga delante de la pistola.

El rubio obedeció. Ella le lanzó una ojeada y sus cejas se fruncieron ligeramente.

—¿Un policía privado?

—Sí. Eso mismo.

—¿Por qué me siguió usted el otro día?

—No la seguía. La encontré por casualidad.

—¿Por cuenta de quién trabaja?

—Eso es algo que me reservo.

—Hable, si no quiere que dispare contra su compañera.

—No digas nada —repuso Emelyn—. No sé atreverá a disparar.

El rubio estaba demasiado cerca de Step, y éste no podía desaprovechar la ocasión.

Alargó su gran brazo, cogió al otro del cuello y lo atrajo hacia sí para colocarle ante él y la pistola.

La pistola hizo «plop» y el rubio lanzó un aullido. Step sintió que súbitamente dejaba de resistir y le pesaba en el brazo.

Emelyn se había vuelto con la agilidad de una pantera y se precipitaba hacia la mujer. Ésta volvió a disparar rápidamente, abrió la puerta y salió. Si Emelyn era rápida, la otra no le iba en zaga.

Emelyn se sujetó la pierna derecha con ambas manos. Su boca se abrió en un gesto de dolor.

Step soltó al hombre, que cayó al suelo y se lanzó hacia la puerta. La abrió y llegó a tiempo justo de ver a la visitante metiéndose en un ascensor.

Volvió junto a Emelyn.

—¡Síguela! —dijo ésta—. No es nada. ¡Diablo de perra!

—Déjame ver eso, Em.

—¡Te digo que no es nada! ¡Se está escapando!

—Cállate.

Le levantó la falda y le miró el muslo. Había en él una señal más oscura que la piel.

—¿Duele?

—Como un diablo.

Step caminó a la ventana y apartó las cortinas. Inútil. La niebla era bastante espesa.

Volvió donde estaba la joven. Ésta se tocaba la señal.

—Cierto, eran balas de goma —dijo—. Pero... ¡cómo duelen!

—¿Puedes andar?

—Creo... creo que sí —afirmó la muchacha negra.

—Voy a ver a ese tipo.

Se inclinó sobre el rubio. Éste había recibido la bala en el estómago. Todavía no había recobrado el conocimiento.

—Tenemos que marcharnos —dijo Step.

Y en ese momento sonó el teléfono.

Step lo cogió y se tapó la boca parcialmente con la mano.

—¿Sí? —Gruñó.

—¿Connie?

—Hum.

Hubo un silencio. Luego, colgaron.

—Ha visto que no era yo quien buscaba —dijo Step—. Vamos, tenemos que irnos.

—¿Vamos a dejar a ese tipo ahí?

—No podríamos trasladarlo como está. Todo el mundo se daría cuenta.

La negra corrió hacia la puerta.

—Escapará —dijo.

—No.

Descolgó el teléfono y marcó un número.

—¿Dave? Quiero que vengas inmediatamente al hotel Kashmir, y te sitúes en la puerta. Si ves aparecer a un tipo —se lo describió minuciosamente—, síguelo. Pégate a su cola y no lo pierdas. ¿Has entendido?

Colgó.

—Dave tardará un poco, pero no más de cinco minutos.

Levantó la cabeza del rubio y le golpeó en la mandíbula.

—Esto le hará esperar a Dave sin despertar —dijo gruñendo—. Voy a registrar esto.

—Yo te ayudaré.

—No te muevas. Luego iremos a ver a un médico.

—¿Por esto? Vamos, no seas dramático.

El registro no dio resultado alguno. Inútilmente, Step investigó las habitaciones, buscando un micrófono. No había ninguno, al parecer.

Ni papeles, ni apenas trajes.

—Este tipo debía vivir en otra parte. Probablemente solo tenía esto como un refugio eventual.

Se cogió la barbilla con la mano. Estaba pensando furiosamente.

—Bueno, vámonos.

—¿Quién es? —preguntó Emelyn.

—Connie Mascate. Eso es todo cuanto he podido ver en sus papeles. Bien, no perdamos más tiempo.

Emelyn pasó sola ante el recepcionista, que la siguió con la mirada. La muchacha procuraba no cojear. Entraron en el auto.

—¿Vamos a un médico?

—No, hombre. Te digo que no es nada. Ya va pasando el dolor.

Step condujo hasta su casa. Cuando entraban, el teléfono estaba sonando, pero lo dejó así.

Emelyn se subió las faldas y contempló su muslo. Step se acercó y lo examinó también. Ya se había formado un feo hematoma.

—Deberías tener la piel un poco más blanca —dijo el hombre.

Ella se engalló:

—¿A quién estás hablando, muchacho blanco? Mi piel puede resistir la comparación con la de cualquier blanca.

—Sí, pero las moraduras apenas se ven en la tuya.

El impacto se había hinchado. Sacó un antiflogístico del botiquín del cuarto de baño y comenzó a aplicarlo sobre el muslo, friccionando suavemente. Ella hizo un gesto.

—¿Duele?

—Un poco.

Step lo dejó. El teléfono volvió a sonar. Lo cogió.

—¿Sí?

—¿Step? ¡Gracias a Dios que te encuentro!

—¿Qué ocurre, Derek?

—¿Qué ocurre? ¡Santo Dios! Ese hombre me ha llamado por teléfono.

—¿Quién? ¿Saint-Dioule?

—¡Claro que sí! Dice que he roto el acuerdo y que me va a crucificar.

—Dime exactamente lo que te ha dicho.

—Me llamó, sin dar su nombre, pero reconocí su voz. Me dijo que yo le había traicionado. Que había enviado a alguien a revisar su apartamento. Le aseguré que no, pero no me creyó. Me dijo que iba a enviar la cinta a Shackville. Voy a ir a hablar con Shackville mañana mismo y se lo diré todo.

—Espera un poco. No te lances, muchacho. Eso ha podido ser un farol de Saint-Dioule. Escucha atentamente.

Le contó lo que había ocurrido. Derek lanzó un suspiro.

—¡Por Dios, cómo se complica todo! Pero ¿quiénes son esas personas?

—¿De qué color tenía los ojos la gitana, Derek?

—Pues... No me fijé mucho... Pero ¿qué diablos tiene eso que ver con lo que estamos...?

—Haz un esfuerzo.

—Pues... claros... yo diría que verdes.

—De acuerdo. Piénsalo bien esta noche, muchacho. No te precipites. Y procura recordar exactamente de qué hablasteis Averastov y tú en la entrevista. Procura recordarlo... todo. Grábalo en una cinta magnética.

Colgó. Se volvió a Emelyn.

—Te voy a llevar a casa, Em.

Ella alzó los oscuros ojos hacia él.

—Y tú, ¿qué vas a hacer?

—Unas cuantas cosas.

—En ese caso, me quedo. Iré contigo.

—¿Con la pierna así?

—No le pasa nada a mi pierna ya. Así que no te interpongas en el camino del deber, muchacho.

—No olvides que soy yo quien te paga y por lo tanto quien debe dar las órdenes.

—No lo olvido. ¿Vamos o no?

—Vamos.

—Espera que me ponga unos pantalones.

Entró en el dormitorio. Se quitó el vestido y quedó en ropa interior de seda amarilla que entonaba perfectamente con su oscura piel. Abrió el armario, sacó un par de pantalones, y mientras Step la contemplaba reflexivamente, se los puso. Un jersey de lana acabó el atavío.

—Como verás, tenía razón en traerme algo de ropa a tu casa. No es muy convencional, pero ¿quién se ocupa de lo convencional en estos tiempos?

Llegaron al Antilla en un tiempo casi récord. Había varias personas delante del mostrador de recepción, así que lograron pasar sin que nadie lo advirtiese.

Llegaron al cuarto piso. El corredor estaba vacío. Step golpeó un par de veces la puerta, sin obtener respuesta.

Luego, hizo algo que pocas veces se permitía. Sacó del bolsillo una ganzúa y la introdujo en el ojo de la cerradura. Pero la mano de

Emelyn se le había adelantado. Movi6 el pomo y 6ste gir6 suavemente.

—Est6 abierta —dijo la muchacha.

Entraron y cerraron tras de s6. La habitaci6n estaba a oscuras.

—No hables. Hay micr6fonos en la l6mpara —dijo Step en un susurro.

Luego encendi6 la luz, procurando que la palanca no hiciera ruido.

Emelyn exhal6 el aliento silenciosamente, con la boca abierta. Step, que se preparaba para tap6rsela, dej6 caer la mano.

—No toques nada —dijo en un susurro casi inaudible, con la boca pegada a la oreja de la muchacha.

Luego, camin6 silenciosamente hacia el centro de la sala.

All6, tendido en el suelo, estaba Saint-Dioule. Step se inclin6 sobre 6l y lo volvi6 ligeramente.

Estaba muerto. De eso no cab6a duda alguna. Le hab6an pegado un tiro en el pecho, y la sangre manchaba la alfombra.

Con la mano, Step indic6 a Emelyn que se estuviese quieta. Luego 6l se encamin6 al dormitorio y ech6 una ojeada. Todo estaba en orden. No parec6a haber se6ales de lucha en lo que a 6l se le alcanzaba.

Volvi6 a la sala. La negra permanec6a en pie, quieta, mirando al cad6ver fija, intensamente.

Step busc6 el micr6fono. No estaba all6. Ni el hilo que anteriormente se perd6a en el cuarto de ba6o.

—Bueno —dijo en voz alta—. Puedes ahora hablar, pero no te desmayes.

—6Est6s loco? No pienso desmayarme. 6Qui6n es?

—Saint-Dioule. El franc6s que estaba chantajeando a Derek Drummond.

—Y no le han dado con una bala de goma.

—No. Por supuesto que no era de goma. Y ahora, tenemos que salir de aqu6.

—6Vas a... avisar a la polic6a?

—Desde fuera del hotel. Vamos, abre la puerta y mira si hay alguien en el pasillo.

No lo hab6a. Emelyn se asegur6 bien de ello mientras Step registraba r6pidamente los bolsillos del muerto. No hab6a nada en

ellos. Salió y caminaron aprisa por el corredor.

Volvieron a salir a la calle consiguiendo hacerlo sin que nadie se fijase en ellos.

Ya fuera, Step respiró profundamente en la niebla.

—No voy a avisar aún —dijo.

—Pero...

Step la cogió del brazo.

—No pienso hacerlo. Cuanto más tarden en encontrar el cadáver, más tiempo tendremos para lo que quiero hacer.

—¿Qué es?

—Lo sabrás pronto.

CAPÍTULO VII

—¿Quién ha podido hacerlo? —preguntó Emelyn.

—Tengo una idea.

—¿Esa mujer?

—Déjame pensar.

Estaba concentrado en la marcha del coche entre la niebla. Aquel micrófono, que antes estaba, pero ya no... La mujer...

Lanzó una mirada de reojo a su compañera.

—Te impresionó, ¿eh, bwana?

—La conocía ya. Fue con la que tuve el *round* en el marjal de lord Shackville.

—¿Un encuentro... muy personal?

—Bastante. Y me ganó. Ya viste los efectos del golpe.

—Por lo visto, le gusta balear a la gente, golpearla y asesinarla.

—No creo que haya sido ella. ¿No te diste cuenta de que el tipo ese, Mascate, no la conocía?

Emelyn pensó un momento. Sus labios, ligeramente gruesos, se abrieron como para emitir un silbido, que no salió.

—¿Qué vas a hacer? O mejor, ¿qué vamos a hacer?

—Veremos lo que Dave nos dice.

Llegaron a la oficina. Lo primero que hizo Step fue abrir el magnetofón conectado al teléfono.

Sonó primero la voz de Emelyn preguntando quién llamaba y agregando que dejasen el aviso con voz clara. Luego, la voz de Dave:

«Step, llamo desde un bar. El tipo salió a los diez minutos de llegar yo. Subió en un “Vauxhall” negro aparcado junto al hotel. Lo he seguido hasta el 30 de Dover. En este momento está arriba. Si llegas pronto, llámame al bar. El número es...»

Step cerró el magnetofón y llamó al número. Preguntó si había allí alguien esperando un recado telefónico y la voz de Dave llegó a

él:

—Hola, Step, el pajarito sigue en el nido.

—Dave, voy a intentar ir ahí, pero con esta niebla tardaré algo. No lo pierdas. Es muy importante. Si lo pierdes, tendrás que buscarte otro comedero, ¿entendido? —Su voz sonaba lo suficientemente seria.

—Entendido, Step. Por otra parte, con esta niebla no puede correr mucho.

—Voy para allá, Dave. No me lo pierdas.

Colgó el teléfono y se quedó mirando a la joven negra reflexivamente.

—¿Te duele?

—Poco, ya. ¿Vamos?

—Tú, no. Te has hecho demasiado visible. Y necesito que alguien se quede aquí por si llama Dave.

—¿Qué quieres decir con eso de que me he hecho demasiado visible?

—No se te puede confundir con otra, nena. Te ha visto Mascate y te ha visto la mujer. Prefiero que te quedes aquí. Me serás más útil.

Emelyn comprendió que no era el momento de discutir. Asintió con la cabeza.

Y en ese momento sonó el teléfono. Step, que tenía ya la trinchera puesta, le hizo una rápida seña de que lo cogiera y pusiera en marcha la cinta grabadora.

La negra lo hizo. Luego, descolgó. Escuchó durante un instante, tapó el auricular y dijo, al tiempo que abría mucho los oscuros ojos:

—Es ella, la he reconocido. Y quiere hablar contigo.

Step dio un paso adelante y cogió el auricular.

—¿Sí?

La voz, perfectamente controlada e inconfundible, dijo:

—¿Custance? Me gustaría verle. Sabe quién soy, ¿verdad?

—No. ¿Quién habla?

—No pregunte. Lo sabe. Ha sido esa chica de color la que ha cogido el teléfono, ¿verdad? Bien, necesito hablar con usted.

—¿Ahora?

—Cuanto antes.

—No puede ser ahora. Tengo que hacer. ¿Qué le parece en

Regent's Park? Pongamos a las diez. Junto al Albert Memorial.

—Oh, no. Escuche, en Oxford Street, ante el Electric Palace. Hay un bar llamado... La Estrella...

—The Red Star and the Lyon —respondió Step.

—Exacto. A las diez.

Step calculó rápidamente. Podría estar allí a las diez sí... todo iba bien. Y la hora estaba bien elegida. The Red Star and the Lyon cerraba a las diez y media. Eso quería decir que bastante gente saldría de él a esa hora. La mujer no querría correr ningún peligro en un sitio solitario.

—De acuerdo.

—No falte, Custance.

Colgó.

—Escucha, Em. Si a las diez menos diez no te he llamado, vete a ese lugar y procura seguir a la mujer sin que te vean. ¿Entendido?

—De acuerdo, Step. Y... cuídate. Un asesinato no es cosa de broma.

Lo abrazó. Por unos instantes, él tuvo entre los suyos el cuerpo elástico y firme de la muchacha negra. La besó en la boca y salió.

Eran las nueve cuando logró llegar a Dover Street. Vio el bar enseguida y se metió en él. Dave, de baja estatura, pero muy ancho de hombros, estaba ante una cerveza. Desde su sitio veía la puerta del número 30.

Step no le habló. Se limitó a echar una ojeada, y volvió a salir. Un momento después, Dave se le reunió.

Cruzaron la calle y entraron en el portal. Step se volvió a su agente.

—Piso tercero. El tipo estará armado, seguramente.

—De acuerdo.

Step sacó una cachiporra de su bolsillo y se anudó la correílla de cuero a la muñeca. Como la mayor parte de los investigadores privados ingleses, no llevaba armas casi nunca, aunque tuviera licencia para ello.

Subieron rápida y silenciosamente. Cuando llegaron frente al tercer piso, Step se detuvo.

Llamó suavemente a la puerta.

Silencio. Sintió encogersele el corazón.

—¿No habrá salido? —preguntó en un murmullo.

Dave movió negativamente la cabeza.

Y entonces oyeron un ligero ruido en el interior. Alguien se movía al otro lado de la puerta.

—Soy el que estuvo con usted esta tarde —dijo Step procurando imitar el lenguaje cuidado y lento de Drummond.

Un nuevo ruido. Luego, la puerta se abrió una rendija.

Los dos hombres apoyaron los hombros al tiempo y empujaron. El impulso envió a Mascate al centro de la habitación, tropezó con una mesa y cayó al suelo. Dave se inclinó sobre él con la porra preparada.

Step cerró la puerta. Los ojos de Mascate los examinaban con ira y miedo al mismo tiempo.

—Usted... —dijo.

—Bien, muchacho. —Step se inclinó sobre él—. ¿Quién te envió?

—No sé ni de qué me están hablando.

—Dale, Dave.

Dave le golpeó en un lugar situado justamente entre el cuello y el hombro. Los golpes ahí son particularmente dolorosos. El hombre aulló.

—Síguele preguntando mientras registro esto.

La vivienda se componía de la habitación en que estaban, especie de sala de recibir. Luego había un pequeño despacho, un baño y una cocina minúscula.

Oyó a Mascate gruñir de dolor, mientras Dave lo masajeaba. Intentó abrir los cajones de la mesa del despacho, pero estaban cerrados.

—Pídele la llave, Dave —ordenó.

Dave lo registró rápidamente y le tiró un puñado de llaves. Con ellas abrió los cajones. Facturas, presupuestos, a nombre de B.

A. Duggs,

el mismo nombre que campeaba en la placa. Y había varias cintas de magnetofón. Un aparato estaba colocado encima de un fichero.

—¿Ha dicho algo? —preguntó asomando la cabeza por la puerta.

Mascate tenía un rictus de dolor intolerable en el rostro.

—Dice que quiere hablar contigo.

—Ahora mismo. No lo dejes enfriar.

Colocó una de las cintas en el magnetofón. La voz de Drummond llegó hasta él, junto con la de otro individuo que hablaba un inglés cuidado, pero con mucho acento.

Escuchó durante un rato. Sí, aquélla era una de las que le habían fraguado a Derek.

Ganó la sala de recibir.

—Hable, Duggs. O Mascate, ¿cuál es su verdadero nombre?

—Mascate.

—¿Quién es Duggs?

—Éste... soy yo.

—¿Esta oficina es suya?

—Sí.

—Bien, siga hablando. O de lo contrario, el compañero volverá a golpearle. Le puedo partir un codo o una rodilla. No creo que le guste mucho. ¿Quién era la mujer?

—No lo sé. Yo creí...

—¿Qué?

—Yo creí que era otra persona.

—Hable, o de lo contrario...

—No me peguen. Espere. No sé quién era.

—Dale, Dave.

Step le tapó la boca para evitar que gritase, mientras Dave alzaba la porra y la dejaba caer sobre el hombro de Mascate.

Le soltó. El otro boqueaba.

—No lo sé, palabra. Creí que era otra persona, un hombre.

—Describa a ese hombre.

—Alto, rubio, con los ojos verdes...

—Su nombre.

—Yo... yo lo conozco por Stanhope.

—¿Cómo se puso en contacto con usted?

Los ojos de Mascate se pusieron ligeramente mortecinos. Dave alzó la matraca.

—No, esperen. Yo me ocupo en... exportación e importación.

—Eso no es verdad. Pero siga.

—Ese Stanhope vino a verme un día. Le habían hablado de mí. Me dijo lo que tenía que hacer. Ir a la Tate Gallery y darle estas señas a un individuo. Yo lo hice... Y bueno, ustedes saben el resto.

—No, sólo estamos empezando. Usted tenía que entregarle un

papel a ese hombre. ¿No es cierto?

—Sí.

—Y usted tenía que recibirlo, una vez lleno por ese hombre, ¿verdad?

—Sí, esto... sí. Eso es.

—¿Qué haría con ese papel, una vez recibido?

—Esperar. Stanhope me haría saber dónde había de entregárselo.

—¿Cuánto le pagó?

—Me dio doscientas cincuenta libras, y me prometió quinientas más.

—Y, ¿no tenía usted que hacer nada más?

—No, nada más.

—Dale, Dave. Se lo está buscando.

Dave levantó la matraca de nuevo. Pero esta vez la dejó caer, nuevamente, en el cuello de Mascate. Un aullido de dolor...

—Hable.

—Yo... yo tenía que enviar una cinta magnetofónica a cierta persona. En el caso de que ese hombre no me enviase el papel relleno.

—¿A quién?

—No me lo dijo Stanhope. Me dijo que me daría el nombre de la persona cuando fuera necesario.

—¿Cuándo ha visto por última vez a Stanhope?

—Ayer.

No había vacilado al responder. Step creyó que decía la verdad.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿Nunca lo vio en otro lado?

—No.

—Escuche. Si vuelve usted a molestar a ese hombre, le vamos a ver de nuevo. Y no intente mudarse de hotel, porque la policía se le echará encima. ¿Ha entendido?

—Sí, claro que he entendido.

—¿Dónde vivía Stanhope?

—Yo... no lo sé. No lo he sabido nunca.

—¿Todas esas cintas son iguales?

—Creo que sí.

—¿Qué significan?

—No lo sé. Las he oído un par de veces, pero no lo sé. No tengo ni la menor idea de lo que significan.

Lo había dicho demasiado rápidamente. Pero Step prefirió ignorarlo.

—Dale otra vez para que no se olvide, Dave —ordenó.

Y Dave le dio. Luego, los dos salieron de la casa.

—Quédate, y síguelo donde vaya, pero procura no dejarte ver —ordenó Step.

—¿Toda la noche, Step?

—Toda, si es necesario. Probablemente irá al Kashmir. Allí es donde duerme, pero tal vez piense en cambiar de alojamiento. Pégate a sus talones. Telefonea a Dal para que te sustituya por la mañana. Pero, antes de dejarlo, indícale bien lo que tiene que hacer. Seguir a ese tipo allí donde vaya.

—De acuerdo.

La niebla era bastante espesa, aunque no impedía el conducir. Manejando a media velocidad, estaba en Oxford Street antes de las diez menos cuarto.

Dejó el coche en Marble, muy cerca del Red Star, y caminó hacia éste. Los cristales empañados no le dejaban ver nada del interior. Esperó durante un instante, y por fin la puerta se abrió para dar paso a un hombre de mediana edad que se mantenía sospechosamente derecho. Aprovechó el instante para lanzar una ojeada al interior. El humo le impidió ver si estaba allí la mujer.

Cuando volvía hacia el coche para hacer tiempo, alguien dijo a su lado:

—Creo que hemos tenido ambos la misma idea; llegar antes que el otro.

Se volvió. Los cendales de niebla que flotaban ante las ventanas del bar le permitieron ver que ella llevaba una gabardina de cinturón, con capucha.

—Si —admitió—. Tengo el coche en Marble. En él podremos hablar.

—Conozco un sitio mejor. Hay un club en la otra esquina. Ése no cierra a las diez y media.

Bajaron las escaleras del club, pasaron la cortina de terciopelo y se encontraron en la rojiza luz interior. Un cuarteto jamaicano

estaba tocando merengues antillanos.

Se sentaron ante una de las mesas, en uno de los ángulos. Step pidió un ron y ella coñac.

Lo bebió de un solo sorbo. Pidió otro.

—Yo no llevo esa velocidad —dijo Step—. Aún no, al menos.

—Lo necesitaba. Usted es Custance, investigador privado. ¿Por cuenta de quién trabaja?

—No pienso dar información. La cambio, en todo caso...

Cogió el bolso que ella había dejado sobre la mesa. La mano de la joven avanzó para impedirlo.

—Sólo quiero cerciorarme de que lleva aún la pistola. Por cierto, con la que me amenazó en Surrey, ¿disparaba balas de goma?

—Sí. Y está en el bolso. Pero no se le ocurra mirar en el interior.

—¿Qué haría? Soy más fuerte que usted, y me debe un buen golpe. Y un balazo de goma a mi ayudante.

—Le di en una pierna. Podía haberle dado en otro sitio mucho más doloroso. No quise hacerlo.

—¿Qué había en la caja?

Se había dado cuenta del nerviosismo de ella. Había acabado el segundo coñac. Pero seguía aferrando el bolso con fuerza.

—Suelte el bolso —dijo con voz vibrante—. Suéltelo y hablaremos. De lo contrario, saldré de aquí y más vale que no me siga.

—Usted me asusta, nena. Me aterra indeciblemente. Si suelto el bolso es porque quiero, no porque usted me lo ordene ni me amenace con un escándalo. Entiéndalo bien.

Lo soltó. Ella se reclinó en el asiento y colocó el bolso a su lado sobre la banqueta.

—Bien, usted me ha llamado. ¿Qué quiere?

—Llegar a un acuerdo.

—¿Qué clase de acuerdo? Pero antes, ¿quiénes son ustedes?

—¿Nosotros? ¿Por qué nosotros?

—Sí, usted y ese tipejo del cabello rubio.

—No trabajamos juntos, si es eso lo que quiere usted decir.

—¿No trabajaba él para usted y usted para otros?

—Deme un cigarrillo, por favor.

Step se lo dio y le ofreció el fuego de su encendedor. Ella lanzó una bocanada de humo en su dirección.

—No trabajo para nadie que conozca usted. Y esto parece un trabalenguas. Vamos a ir al grano, Custance. ¿Trabaja usted por cuenta de Drummond? Los detectives privados son contratados por los particulares. ¿Es eso?

—Supongámoslo. Sólo supongámoslo.

—Supuesto. Si trabaja usted para Drummond, nuestros intereses no están encontrados. ¿Le basta eso?

—Por supuesto que no me basta. Necesito la certeza de que no estamos en campos opuestos. Y hasta ahora, todo lo ha demostrado. Usted me siguió en un coche. La he encontrado siempre en mi camino. Y siempre buscando seguramente lo mismo que yo buscaba. ¿Quién diablos es usted? Y, si a eso vamos, ¿dónde se ha dejado la peluca?

Ella le miró sorprendida. Sólo un instante.

—La peluca. Así que alguien le habló de mí. ¿Drummond, verdad?

—En parte. Es usted tan gitana como yo y sin embargo se ha tomado la molestia de disfrazarse de tal. Se ha dejado ver. Y yo estuve a punto de descubrirla en las tierras de lord Shackville. ¿Por qué?

—Porque —respondió ella lentamente— quería impedir precisamente lo que ocurrió. Pero no se pudo evitar.

Cogió su bolso.

—Con esto, Custance, me pongo en sus manos.

Sacó algo del bolso y se lo tendió. Step lo cogió. Era una tarjeta y la leyó a la poca luz de la sala.

CAPÍTULO VIII

—¿Por qué —preguntó Step— no trabaja usted con Scotland Yard?

Ella lo contemplaba con sus grandes ojos verdes. Tenía las manos puestas sobre las mejillas.

—Es muy simple, Custance: no estoy en Inglaterra en misión oficial. No absolutamente oficial.

Step hizo un gesto. «Vivianne Armengol», había leído en la tarjeta. Y algo más. Algo que la adscribía al *Deuxième Bureau* francés.

—Custance, el Deuxième es un departamento militar. No civil. Y lo que me trajo aquí es civil, aun cuando podría llegar a ser militar. Pero no ha llegado a serlo. ¿Comprende? No, son motivos más personales los que me trajeron. Usted sabe quién es Saint-Dioule, supongo.

Step asintió.

—Es mi primo. Hijo de una hermana de mi madre. Supe lo que estaba haciendo. Es decir, no lo supe exactamente, sino que llegué a sospecharlo cuando él hizo varios viajes a Rusia. Entonces, lo vigilé. Una de sus amiguitas en Francia trabajaba para mí. Por ella supe varias cosas, y a cual más interesante. No voy a contárselas ahora. Bástele saber que lo que supe me hizo venir a Inglaterra.

Step movió la cabeza.

—En todo eso hay algo que no está muy claro.

La miraba fijamente. Ella bajó la vista.

—Las cosas son así, Custance. Saint-Dioule está haciendo un chantaje a Drummond. Y no quiero que siga. Yo misma he recogido esta tarde una prueba contra él. Pero necesito más.

—¿Para denunciarlo a las autoridades francesas o inglesas?

Ella movió la cabeza.

—Si es posible, no. Por eso es por lo que le dije que la cosa no

era oficial. No quiero que llegue a serlo. Serían los tribunales civiles quienes deberían intervenir. Prefiero convencerlo de que no lo haga, ¿comprende? Convencerlo evitando al mismo tiempo que pueda llegar a caer en manos de los tribunales chiles.

Step encendió un nuevo cigarrillo.

—¿Para quién trabaja Saint-Dioule? —preguntó de pronto.

Ella frunció las cejas.

—No lo sé. No lo sé exactamente. Por supuesto, los rusos tienen que estar interesados en ello.

—Pero sí que trabajaba para alguien aquí, ¿verdad?

—Por supuesto. Hay alguien aquí.

—Y no sabe quién.

—No.

Step se lanzó al agua decididamente.

—*Mademoiselle* Armengol, su primo ha muerto.

Ella alzó los ojos, que tenía fijos en la copa.

—¿Qué ha dicho?

—Alguien ha matado a Saint-Dioule esta misma tarde. Le han pegado un tiro.

—Pero... ¿quién?

—No lo sé. Sólo eso.

—¿Drummond?

—No lo creo. No creo que haya sido él. No quiero decir que lo considere incapaz de una cosa así, eso no lo sé. Lo que quiero decir es que no creo que haya sido él. Su primo estaba controlado.

—¿Qué quiere decir?

—La primera vez que estuve en su departamento del hotel lo comprobé. Alguien le había colocado un micrófono en ella. El hilo salía al exterior. Cuando descubrí que había muerto, comprobé que el micrófono había desaparecido. Quienquiera que fuese el que lo colocó, consideró que ya no era necesario.

Ella asintió.

—¿Lo descubrió usted? Me refiero al cuerpo.

—Yo mismo.

—¿Ha dado parte a la policía?

—No, aún no. Pero eso quizá se resuelva por sí mismo. Alguien del personal del hotel lo descubrirá y lo hará.

Ella permanecía silenciosa.

—¿Lo ha sentido mucho? —preguntó Step.

—No lo sé... Nunca habíamos tenido verdadera amistad. Si no quería verlo ante un tribunal era por nuestra familia, por mí misma y mi carrera en el Deuxième. No personalmente.

—Creo que comprendo.

Los ojos de la muchacha estaban fijos en él.

—Y ahora, dígame qué había en la caja que usted se llevó.

—Una cinta magnetofónica.

—Lo sé. Pero ¿qué había en ella?

—Eran conversaciones de mi primo.

Step se alertó.

—¿Tomadas en su cuarto del hotel?

Ella asintió.

—¿Con quién?

—Conversaciones telefónicas. Ni una sola vez se oye la otra voz.

—¿Podríamos oírlas? Puede ser muy importante.

—¿Dónde?

—No cabe duda de que para eso estaba el micrófono que yo descubrí. ¿Qué decía?

—Vayamos a algún sitio en que podamos escucharla.

—Mí oficina.

Condujo lentamente a través de la niebla. Cuando llegaron a la oficina, Emelyn estaba aún en pie.

—¿Le duele el balazo? —preguntó Vivianne.

La negra los examinó con desconfianza.

—¿Ya amigos? —preguntó—. Al parecer hay en el ambiente una atmósfera de confianza que te ha contagiado, Step.

—Cállate por un momento. No estamos enfrentados ahora.

—Pues será ahora, que lo que es hace un rato... No, me duele menos, encanto. Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—Espérate un poco —respondió Step. Tendió la mano y la francesa buscó algo en su bolso. Se lo dio.

Step puso la cinta en el magnetofón y la hizo girar. Después de algunos ruidos, un teléfono sonó. Lo descolgaron y una voz dijo:

—¿Sí? No, aún no. La cosa no puede ser tan rápida. Sí, por supuesto. Sí. Me parece bien.

Colgaron sin despedirse. El resto de las conversaciones era por el estilo. Sólo en una de ellas Saint-Dioule dijo algo más aclaratorio. A

una pregunta de su desconocido interlocutor, respondió: «Tengo la impresión de que usted no se fía demasiado de mí. Y no me gusta eso. Hago lo que puedo. Más aún de lo que puedo. Pero si no le gusta, no tiene más que dejarlo. ¿Por qué no nos vemos? Podríamos charlar de ello». El interlocutor debió negarse. Saint-Dioule prosiguió: «No, no me diga eso. Ya sabe perfectamente que siempre he tenido precaución. Los hombres que he elegido son de absoluta confianza. Nos veremos donde usted sabe, entonces. No tenga miedo. Adiós».

Eso parecía ser todo. Step miró a la joven francesa.

—¿Todo? ¿No ha manipulado usted la cinta?

Vivianne negó con la cabeza.

—¿Qué pasará cuando la policía descubra el cadáver de mi primo?

Step hizo chasquear los dedos.

—Ya había olvidado una cosa. Tengo que hacérselo saber a Derek. Tiene que prepararse, porque la policía le hará preguntas, lo mismo que a todos los que lo conocían.

—¿Por teléfono? —preguntó ella.

—Sí. Sé que no está intervenido por nadie. Por cierto, ¿bajo qué pretexto está usted en Inglaterra? La policía puede relacionarla con la muerte de su primo.

Ella movió la cabeza.

—Ya es tarde para evitarlo. Unos amigos míos responderán por mí. Pero debo ir a verlos.

—¿También del *Deuxième Bureau*?

—No haga preguntas y no recibirá mentiras.

Parecía nerviosa.

—¿Por qué lo habrán matado?

—Porque no les servía ya o porque se metió en demasiadas profundidades. Claro que... la cinta podrían no haberla falsificado los rusos —dijo Emelyn.

—Imposible. Tuvieron que ser ellos. Sólo ellos tuvieron acceso a las conversaciones con Saint-Dioule en Moscú. Entonces, quizá hayan sido ellos los que lo mataron.

—Es posible, pero... no es su sistema. Por otra parte, ¿por qué habrían de hacerlo?

—Les estorbaba ya —dijo Emelyn. Como la temperatura de la

oficina era más bien alta, no llevaba más que una bata corta, que dejaba ver sus piernas en toda su esplendidez moreno oscuro—. O se había puesto demasiado pesado, o exigía quizá más dinero...

Step movió la cabeza negativamente.

Encendió un cigarrillo, después de ofrecer otros dos a las mujeres. Em fue hasta el bar y sacó una botella de *whisky*. Sirvió tres vasos.

—No —dijo Step—. Definitivamente, no encaja en el conjunto. A los rusos les bastaría con hacer llegar hasta Shackville una de las cintas para poner en un buen compromiso a Saint-Dioule.

—Pero eso sacaría a los rusos a la luz.

—Bastante les importaría a ellos. Darían unas vagas y nebulosas explicaciones a nivel diplomático, y que ni siquiera trascenderían a la Prensa. El Gobierno expulsaría a algún diplomático en tono menor y ahí acabaría el asunto. No, no creo que hayan sido los rusos los que hayan matado a Saint-Dioule.

—Un análisis bastante exacto —dijo la francesa—. En ese caso, ¿quién?

—Si yo lo supiera no estaría aquí en estos momentos.

Estaba mirando a la cinta grabada. De pronto se dio un golpe en la frente.

—¡El micrófono! ¡Em, si tienes un sombrero de paja, dámelo y me lo comeré! ¡Me lo he ganado!

—La cerveza se hace con cebada, Step, cariño. Y tienes razón, ¿cómo no se nos ha ocurrido antes? Dígalo usted, *miss*.

Vivianne se encogió de hombros.

—Parece lo lógico. ¿No tiene usted bajo control al hombre al que le quitamos esa cinta?

—Tengo uno de mis mejores hombres pegados a sus talones. No sé si estará en la casa donde usted lo vio, o en el Kashmir, pero lo sabremos tan pronto como mi hombre telefonee. Por cierto, ¿cómo sabía usted quién era y dónde vivía?

Vivianne sonrió.

—Sabía que llegaría a preguntármelo. Lo que me extraña es que haya tardado tanto tiempo en hacerlo. Como sabe, he seguido a mi primo durante bastantes horas. Yo vi a los dos hablando. Y seguí al hombre.

—Y... —La voz de Step estaba cargada de sospechas—, ¿no lo

vio usted con nadie más?

Ella movió la cabeza, negativamente.

—No lo logré. Ni aquí, en Londres, ni en la finca de lord Shackville. Solamente con ese hombre.

Emelyn le lanzó una rápida mirada a Step. «Cuidado», parecía decirle. Pero Step sabía que Em era ligeramente celosa. Y no sentía ninguna simpatía por la mujer que le había marcado el muslo con balas de goma.

—¿Seguro? Bueno, yo diría que no es éste el momento de ocultar nada. Podemos encontrarnos a la policía saliéndonos del bolsillo en el momento menos pensado.

El teléfono sonó. Step lo cogió rápidamente.

—¿Sí? ¿No ha ido al Kashmir? ¿Dónde entonces? Ya. No lo pierdas, Dave. Es muy importante. Estaremos allí cuanto antes.

Colgó. Pareció reflexionar durante unos instantes.

—Ha salido de la casa, pero no ha ido al Kashmir. Ha ido a una casa en Crescent. Dave lo vigila.

—¿En Crescent? —preguntó Emelyn—. ¿Quién vive allí?

Step se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, pero lo vamos a averiguar pronto. Antes quiero hacer una cosa.

Vivianne se había dejado caer en un sillón y fumaba, con un vaso en la mano.

Step marcó un número y se puso un pañuelo ante la boca.

—¿Quiere ponerme con *monsieur* Saint-Dioule? —preguntó. Esperó un momento—. Bien, gracias.

Colgó.

—O el empleado está muy bien adiestrado por la policía, o no se ha descubierto aún el cadáver. No me ha dado la impresión de estar asustado.

Miró a ambas mujeres. Había en su rostro una expresión decidida que Emelyn conocía bien.

—Voy a intentar saber dónde iba el cable del micrófono.

—¿Y si se descubre el cadáver mientras estás allí? —preguntó Em.

—Será que no es mi día de suerte. Pero lo voy a intentar, de todas formas.

—¿Y nosotras qué hacemos?

—Yo no sé lo que usted pensará, pero yo sí sé lo que voy a hacer —respondió la francesa.

—¿Qué?

—Averiguar quién vive en Crescent, mientras tanto.

—¿Vestida de gitana? —preguntó Step sonriendo levemente.

—No. Llamaría demasiado la atención —ella respondió a la sonrisa—. Me bastará con la ropa que llevo en este momento.

—¿No está usted corriendo un grave peligro si se queda en Inglaterra?

—Lo estoy corriendo y lo correría aun cuando saliese del país. He venido aquí con mi propio nombre, no lo olvide. Hay mucha gente que sabe en Francia que soy la prima de Saint-Dioule. No, la única solución para mí es la misma que para usted: averiguar quién mató a Étienne.

—¿Y tu amiguito Drummond? —preguntó Emelyn—. ¿No ha podido sentir de pronto la invencible necesidad de suprimir al tipo que lo chantajeaba?

Step la miró. Hacía dos años que se conocían, y aún le asombraba ver lo perfecta que era su figura, las largas piernas de hermosos muslos, las caderas redondas, voluptuosas, y la cintura inverosímilmente estrecha. Lo mismo que el color castaño claro de su piel.

—Pudiera ser, pero no sé por qué no lo creo.

—Porque era tu amigo, simplemente, ¿no? Los viejos amigos no matan a nadie para poner en un compromiso a los antiguos amigos, ¿eh?

—Oh, cállate.

Se volvió a la francesa.

—Voy a tratar de averiguar quién vivía o había alquilado las habitaciones de arriba del hotel Antilla. Las de arriba y las de los lados.

—A mí no me conocen en el hotel. Podría hacerlo con más seguridad que tú —dijo la negra.

Step lo pensó un momento.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó.

—Eso lo resolveré sobre la marcha. No te preocupes. Ya se me ocurrirá algo. Seguro.

Parecía tan confiada en sí misma que Step Custance sonrió.

—Va a ser un poco difícil. Si alguien tomó una de esas habitaciones, lo habrá hecho con un nombre supuesto. Y la policía puede estar en este momento llegando al hotel. Lleva ya varias horas muerto.

Cogió el teléfono y llamó. La voz de Derek Drummond llegó hasta él al cabo de un momento.

—¡Step! Por el amor de Dios, ¿por qué no has dado señales de vida? ¿Qué ha ocurrido?

—¿Estás solo?

—Claro que sí. Por supuesto.

—Escucha atentamente, Derek, ¿alguien ha intentado ponerse en contacto contigo?

—No, nadie. Santo Dios, Step, ¿no has detenido a ese hombre?

—No, aún no. Pero he recuperado un buen número de cintas magnetofónicas. Aunque ignoro si serán todas las que había o no.

—Santo Dios, Step, no sé qué hacer.

—Por el momento, nada. ¿Has visto a Dorcas?

—Me ha llamado por teléfono. Me dijo que tal vez nos viésemos esta noche, pero no ha venido. ¿Por qué preguntas eso?

—Quería saber si la habías visto hoy o no.

—Pero, Santo Dios, ¿por qué?

—Eso es todo, Derek. ¿Estabas durmiendo?

—Santo Dios, no. ¿Crees que podría dormir? Pero tienes que explicarme lo que ha ocurrido. No podría descansar si no lo hiciera. De veras, Step, he pensado decírselo todo a Shackville y esperar que comprendan que yo no pude hacer una cosa por el estilo.

—Escúchame bien. ¿Has salido después de volver a casa?

—No me he movido desde que llegué. ¿Por qué? Este misterio... Step, no lo resisto, palabra que no.

—Escucha, vas a hacer una cosa. Me parece que estás poniéndote un poco histérico.

—¡Quisiera verte en mi lugar!

—No me pondría tan nervioso, estúpido. Y eso que aún no sabes lo peor de todo.

—Pero ¿aún? ¡Santo Dios! Step, no puedes...

—Saint-Dioule ha muerto.

—¡Qué...!

—Ha muerto. Lo han asesinado. Por eso te pregunté si habías

salido de tu casa.

—Pero... ¿quién? ¡Santo Dios!

—No lo sabemos aún. Quédate en casa. No te muevas de ahí. En todo caso, avisa a Dorcas que vaya.

—¿Para qué?

—Por ti, principalmente. Luego pasaré a verte.

—¿Qué llame a Dorcas? ¿A estas horas? Estará durmiendo, seguramente.

—Llámalas, y compruébalas. Pero no le digas nada de lo que te he contado.

—Está bien, lo haré, pero me has dado un golpe... La policía...

—Aún no sabe nada la policía. Y no pienso decírselo. Que lo averigüen por sí mismos. Haz lo que te he dicho, por lo que más quieras, y deja de hacer preguntas.

Colgó rápidamente. Se volvió a las dos muchachas.

—Vámonos —dijo—. Pero, Em, escucha atentamente: harás lo que yo te diga. Si la policía anda rondando, desaparecerás.

—Que es lo que voy a hacer yo —dijo la francesa.

—Un momento. ¿Qué?

—Lo he pensado mejor. Me voy a Leeds. Allí vive la familia de que le hablé. Con un poco de suerte, puedo estar mañana por la mañana en Dover y a mediodía en Francia. Hay un *ferry*.

—Lo sé, pero me parece que no va a marcharse. ¿Cómo sé yo que no ha sido usted quien mató a Saint-Dioule?

Ella lo miró rápidamente.

—No, no puede saberlo, en efecto, pero si hay una investigación y me cogen aquí...

—Usted es una turista. Ni siquiera se ha entrevistado con su primo. No pueden acusarla de nada, pero no voy a dejarla escapar antes de saber quién lo ha matado. Aunque...

Se las quedó mirando pensativamente.

—Tengo una idea. Es algo muy vago aún, pero...

Cogió la trinchera y los tres salieron del despacho.

—¿Qué voy a hacer de mi coche? —preguntó la francesa.

—Puede dejarlo aquí mismo. Llegaremos los tres en el mío.

La niebla parecía haberse espesado aún más. Step encendió los faros antiniebla y puso en marcha el coche.

Cuando llegaron a Crescent eran ya casi las once y media. Los

bares, por supuesto, estaban cerrados. Step condujo lentamente, hasta que al llegar a la altura del número 45, justo en la curva de la calle, una silueta se destacó de la acera.

Step detuvo el coche. Dave abrió la portezuela y entró. Se quedó mirando a la francesa.

—Puedes hablar —dijo Step concisamente—. ¿Sigue ahí?

—Sí, sigue. No ha salido, al menos, por esta parte. Y no creo que tengan otra salida esas casas.

—¿No has intentado saber en qué piso se ha metido?

—Pero no era un piso, Step, creí que te lo había dicho. Es en ese comercio de artículos de fotografía.

Step frunció el ceño.

—Los comercios suelen tener salidas traseras.

—Éste no, Step. Lo he comprobado. Le he preguntado a uno de los vecinos, diciéndole que había llegado tarde y que conocía al dueño. Ha charlado lo suyo. No, no hay sino la salida del portal, y por ahí no ha salido.

—Bien, vamos.

—¿Todos?

—Emelyn y usted se quedarán en el coche —dijo Step a Vivianne. Ésta frunció el ceño.

—Cada minuto que pasa... —dijo.

—Lo siento, no creo que tardemos mucho.

Se las arregló para volverle la espalda y dirigirle un guiño a Em. Aquel guiño quería decir que no dejara escapar a la otra. La negra lo entendió perfectamente. Apenas se apearon los dos hombres, movió una palanca disimuladamente y el coche quedó completamente bloqueado en sus cuatro puertas.

Step y Dave llegaron al portal. La gran puerta de madera y metal estaba abierta. Penetraron en el oscuro interior.

—La puerta de la derecha —dijo Dave.

—Espero que podamos abrirla sin hacer demasiado ruido —respondió el agente.

Dave lo iluminó con una linterna muy fina y Step encontró la cerradura. Introdujo en ella la ganzúa magnética provista de casi treinta muescas y la hizo girar levemente hasta que encajó en los bulones.

La puerta se abrió.

Step le dio un empujón, sin hacer ruido, y los dos entraron. Estaban en una habitación pequeña. Una puerta entreabierta dejaba pasar una raya de luz. Se oía una voz hablando.

—Preparados —dijo Step con un hilo de voz.

Abrieron la puerta. Allí estaba el hombre, inclinado sobre un magnetofón, hablando rápidamente. Una sola luz, la de un flexo, lo iluminaba. La estancia era una tienda con anaquelerías en la que había toda clase de instrumentos de fotografía y grabación.

El hombre se sobresaltó violentamente y dejó caer el micrófono. Step dio dos rápidos pasos hacia él y lo apartó de un empujón, mientras Dave los cubría con su pistola.

Mascate intentó resistir. Un solo golpe lo tiró contra el mostrador.

—Quieto, muchacho. Ya sabe cómo pega Dave. ¿Qué estaba haciendo?

—Yo... no estaba haciendo nada que le importe. Esta tienda es mía.

—¿De veras? Dave, vigílalo.

Dave arrinconó a Mascate. Step contempló el magnetofón, una magnífica máquina japonesa, y estudió los mandos. Le dio marcha atrás, mientras Mascate bailaba sobre un pie.

—No permitas que toque nada, Dave.

Puso de nuevo la grabadora hacia adelante, y escuchó la voz de Mascate durante un momento. Estaba relatando lo que le había ocurrido durante el día. Volvió atrás para cogerlo en tiempo anterior. Lo mismo.

Paró la máquina.

—No tengo tiempo de escucharlo todo, pero lo haré más adelante. Ahora vamos a ir a hacer una visita.

Sacó la cinta, la metió en una caja y se la guardó en el bolsillo.

—Vamos.

Dave empujó a Mascate. Éste intentó revolverse, pero el detective le golpeó con su cachiporra en una mano. Casi se la partió.

Salieron silenciosamente.

—Al coche.

Entraron en él, después de que Emelyn lo hubo desbloqueado.

—¿Todo bien, Em?

—Todo.

—Si lo que quiere decir es si he intentado escapar, puede quitárselo de la cabeza —dijo la francesa, sonriendo ligeramente—. ¿Qué estaba haciendo este hombre?

—Grabando algo. Parece un informe. ¿Lo era, Mascate?

—No, simplemente...

—Dave, dale.

—Hay poco sitio aquí dentro —dijo el detective—, pero...

—No, esperen. Sí, era un informe.

—¿Para quién?

—Para míster Stapleton.

—¿Tenía que entregármelo? ¿Cuándo?

—El vendría a recogerlo a la tienda.

—Diga cuándo.

—Yo no lo sé. Supongo que mañana, o pasado mañana.

—¿Era ésa la forma en que se entendía con él?

—Sí, me lo dijo la última vez. Así habríamos de hacerlo de ahora en adelante.

—¿Iría él u otra persona?

—Tal vez fuese otra persona.

—¿Y cuál era la contraseña?

Dave había alzado el brazo. El hombre respondió rápidamente:

—Una música.

—¿Cuál?

—La conozco, pero no sé sí...

—Silba, Em. El andante de la Primera Casación.

Em silbó melódicamente.

—Sí, ésa era.

—Bien, ¿qué clase de persona iría?

—Pues... tal vez fuera una mujer.

—¿Cómo le dijo eso Stapleton?

—Por teléfono.

—¿Cuándo?

—Esta misma tarde. No se lo dije antes, es cierto, pero hablé con él.

—¿Era Stapleton, seguro?

—Pues... estaba resfriado. Parecía él, sí. Oiga... Su voz me sonaba un poco... rara. Pero lo atribuí al resfriado. No obstante, la

tengo grabada. Lo hice, porque estaba grabando en ese momento, y...

—¿La tiene en la tienda?

—Sí.

—Dave, ven conmigo. Vamos a buscar esa grabación. Porque... es el último eslabón que me faltaba.

CAPÍTULO IX

Step puso en marcha la radio del coche, para escuchar los boletines de las doce y media y de la una menos cuarto. Ninguno de ellos daba la noticia del hallazgo de cadáver alguno.

—O se lo callan o no lo han descubierto aún —dijo en voz baja.

—Oiga, ¿dónde me llevan ustedes? —preguntó Mascate.

—Lo va a saber enseguida. No se preocupe.

Guiaba con cuidado, para no contravenir alguna disposición en tiempo de niebla. Un policía podía salir de cualquier esquina en un momento dado.

Cuando detuvo el coche, dijo:

—Escuchadme bien. Sobre todo, vosotros, Dave y Em. Voy a subir. Pero cuando veáis de correrse una cortina en el segundo piso y salir luz por ella, subid. ¿Me habéis entendido? Dave, te confío al tipo ése.

—Conforme, Step. No se nos va a escapar.

—En cuanto a usted, señorita Armengol, subirá conmigo.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella. Había mirado varias veces por la ventanilla.

—Se lo diré por la escalera. Vamos.

Oprimió el timbre del portero eléctrico. Una voz gangosa le preguntó quién era.

—Step —dijo en voz baja.

—Abro.

La puerta se abrió. Entraron. Alguien había encendido la luz de la escalera. Una lujosa alfombra recubría los escalones. La barandilla era de metal pulido con adornos de cobre. La casa respiraba confort y lujo.

La puerta estaba abierta. Step entró. Derek Drummond, en pijama y bata, estaba junto a la puerta.

—Pasa, Step, y... Oh, ¿quién...?

Acababa de ver a Vivianne Armengol.

—Una amiga —respondió Step concisamente—. ¿Estás solo?

—Dorcas me ha dicho que vendría ahora. Pero ¿para qué querías...?

—Todo a su tiempo. La noche es asquerosamente fría y he conducido por la niebla. ¿No tienes un trago?

—Por supuesto. Tú... señorita, ¿quiere usted también?

—Sí —respondió ella.

Con la botella en la mano, Derek Drummond se quedó un momento parado.

—¿Nos hemos visto antes? —preguntó a Vivianne—. Me parece reconocerla.

Step intervino rápidamente.

—Deja eso ahora, Derek. La presencia de la señorita aquí no es debido a mis actividades amorosas a estas horas de la noche.

—Nunca dije...

—Por si lo pensaste. Está relacionada con nuestro asunto.

—¿En qué forma?

Vivianne lanzó una mirada a Step. Éste asintió con la cabeza. Se habían comprendido perfectamente.

La francesa caminó hacia Drummond y le cogió una mano.

—¿Quiere que le diga la buenaaventura por dos chelines, milord? —preguntó.

La voz, el gesto, habían cambiado, casi no era necesaria la peluca negra. Drummond abrió mucho los ojos.

—¡Santo Dios! ¡La gitana!

Se volvió a Step.

—Pero... ¿cómo...? ¡Santo Dios, creo que no comprendo nada!

—Andaba tras la pista de Saint-Dioule. Es una agente francesa.

—Oh...

Se volvió a la chica.

—Y ahora, ha muerto, ¿no? ¡Santo Dios, qué horrible!

—He encontrado varias cintas de tu conversación con ese ruso, Derek. Todas iguales, al parecer, aunque podemos comprobarlo. Pero pudieran no ser todas las que existen, ¿comprendes?

—Claro que comprendo. Y he decidido decirle a Shackville...

—Tal vez no sea necesario. Habrá una investigación cuando descubran el cuerpo de Saint-Dioule, pero quizá el asunto logre

taparse... si no sale alguien más con una cinta. Y ahora, ¿quién crees que pudo grabarlo?

—Pues... hubo de ser en Rusia. Sólo alguien de allá pudo tener acceso a nuestra entrevista y poder fraguarla.

—Conforme. Y ese alguien se la pasó a Saint-Dioule, que trabajaba ya para ellos. A él le sería muy fácil descubrir los secretos franceses sobre la construcción del Concorde, pero necesitaba a alguien aquí. Ese alguien fuiste tú. Perfectamente elegido. Un hombre que tiene bastante dinero, pero que gasta bastante...

—¡Mi dinero! —protestó Derek añadiéndose otro trago al que acababa de tomar.

—Yo lo sé, tú lo sabes, ellos... pudieran no saberlo. Además, de todos es conocida tu ambición. Te lo digo; eras el cordero pascual.

—Pero... ¿quién? ¿Quién me iba a elegir? ¿El mismo Saint-Dioule?

—En parte.

—¡Santo Dios! Pero, Step, espero que podrás sacarme de este embrollo que no me he buscado. ¿No es cierto?

—Tal vez. ¿Qué te dice el andante de la Primera Casación, de Mozart? ¿Qué te trae a la cabeza?

—Pues... ¿pero a qué viene todo esto? Lo he oído muchas veces, por supuesto, pero...

—¿No te dice nada?

—Pues por el momento...

El portero automático sonó. Derek cogió el auricular.

—Sí, sube.

Oprimió el botón. Se volvió a los otros.

—Es Dorcas.

Fue a la puerta y la abrió. Un momento después entraba la muchacha. Llevaba un gabán blanco de lana con capucha.

—He tomado un taxi y... ¡Step!

Se quedó mirando a los dos visitantes.

—Creí que estabas solo Dereck.

—Pues... Step me llamó...

—Lo llamé —intercaló Step—. Quítate el gabán y toma un trago.

—No esperaba una reunión social. Creí que Dereck me necesitaba y vine. Si hubiera sabido que era para tomar unas copas...

—No hubieras venido ¿verdad?

—Por supuesto que no. Soy una muchacha que trabaja.

—Todos lo sabemos. No es necesario que nos hables de tus sacrificios personales.

—¿Estás borracho? ¿Y quién es la cuarta de la juerga?

—Una amiga mía. Vivianne.

—Mucho gusto Vivianne pero... si todo se reducía a esto prefiero volverme a casa y a mi cama.

No había cogido el vaso que le tendía Dereck ni había hecho intención de despojarse del gabán. Los miraba fríamente.

—Dereck, deberías tener un poco de consideración. También tú has de trabajar mañana. Vamos a dejarles a los detectives privados que trasnochen todo lo que quieran. Lord Shackville no se muestra precisamente muy propicio a las nueve de la mañana. No le vamos a poner de peor humor precisamente nosotros.

—Un discurso muy bonito querida Dorcas —dijo Step bebiendo su vaso de un trago—. Desgraciadamente me importa un pimiento lord Shackville en estos momentos.

Dorcas giró los ojos hacia Vivianne.

—¿No puede usted llevárselo a... algún sitio?

—Difícilmente —respondió la francesa secamente.

Step había maniobrado hasta acercarse al aparato de televisión.

—¿Dónde está tu aparato de radio Derek? Tengo ganas de oír algo de música.

—En el otro cuarto —respondió Drummond—. Aunque la verdad es que malditas las ganas que tengo en estos momentos de escuchar música.

—Yo sí.

—Derek me voy —dijo Dorcas.

—¿Sabes lo que quisiera oír ahora? Pues precisamente algo clásico algo de cámara.

—Estás borracho —dijo Dorcas.

—No lo creas. No he bebido apenas. Que lo diga tu prometido.

—Aquí no ha bebido más que dos vasos...

—Supongo que se habrá empapado por ahí.

—Lo que quisiera es oír a Mozart. ¿Tienes vino Derek? Mozart con *whisky* como caviar con «Coca-Cola».

—Step por el amor de Dios —dijo Derek.

Sus ojos se fruncieron.

—Me has preguntado antes que si me decía algo esa condenada pieza... Sí, la oí... Creo que te lo dije, ¿no?

—¿Se puede saber de qué estáis hablando? —preguntó Dorcas.

—De Mozart y del andante de la Primera Casación —fue la respuesta de Step. Había hablado secamente. Dorcas lo miró.

—Qué tiene... Bueno, veo que me he metido de lleno en una reunión de estúpidos o de borrachos. Poned la música que queráis, pero la vais a poner solos.

Se dirigió hacia la puerta. Derek hizo ademán de ir tras ella, pero Step lo detuvo. Dorcas llegó a la puerta y se volvió.

—Espero que mañana puedas explicarme esto, Derek.

No había hecho ademán de coger la empuñadura de la puerta.

—Por supuesto, por supuesto que sí, ¡santo Dios!; pero, espera un poco, Dorcas...

—No quiero esperar.

—¿No te dice nada el andante de la Primera Casación?

—¿A mí? Me dicen más otras cosas. Tu estúpida conducta y...

—¿Cuándo la oíste por última vez, Derek? Lo ibas a decir hace un momento.

—Pues... Pero ¿qué tiene esto que ver...?

—Vamos, dilo, recuerda.

—Fue en casa de lord Shackville, la noche en que...

—¿Antes o después de la visita de Saint-Dioule?

—Fue después, un poco después. Me pareció que una radio la tocaba.

—Exacto.

Dorcas se había vuelto hacia ellos.

—¿Se puede saber de qué estupideces estáis hablando?

—Pero es muy sencillo, Dorcas. Quítate el gabán y escúchanos. Tal vez puedas ayudarnos.

Ella había vuelto hacia la sala. Pero no se quitó el gabán.

—Bueno, hablad, si es que el *whisky* no os ha dejado completamente idiotas. Y daos prisa.

—Es muy sencillo. Saint-Dioule le hizo objeto de un chantaje a Derek.

—¿De un chantaje...? Pero ¿por qué?

—Simplemente, le fraguó una cinta magnetofónica con una conversación que Derek había tenido con un ruso interesado en el proyecto Concorde. Muy bien preparada, por cierto. Habían cortado un trozo de aquí, otro de allá, y el resultado era que parecía que Derek estaba dispuesto a vender secretos sobre los fallos del avión a los rusos.

—¡Derek! Y no me habías dicho nada.

—Compréndelo, Dorcas, yo... yo estaba terriblemente asustado. Una cosa así, hubiera supuesto mi muerte en el Ministerio.

—Pero yo podría haber hablado con Shackville...

—Espera un poco, Dorcas. ¿Sabes quién es Vivianne? Una agente francesa de Seguridad.

—Bueno, pero...

—Y Saint-Dioule ha muerto. Alguien lo ha matado esta tarde en su departamento del hotel Antilla. Alguien que ya no se fiaba de él o que... quería quitarse testigos molestos.

Tenía el vaso en la mano. Lo bebió de un trago.

—Pero, Derek, deberías haberme puesto al tanto.

—¿Por qué lo iba a hacer, Dorcas? —preguntó Step.

—Pues porque...

—¿Por qué? La secretaria particular de lord Shackville también estuvo en Rusia en aquella ocasión.

Una expresión de espanto comenzó a aparecer en la cara de Derek.

—¡Santo Dios, Step! ¿Qué diablos es lo que intentas decir?

—¿No lo estuvo?

—Sí, claro, pero... ¡No irás a sospechar...!

Se detuvo, mirando a su prometida.

Dorcas permanecía impassible. Miraba a Step como a un bicho raro que hubiera aparecido de pronto en su camino.

—¿Sabes lo que significaba ese... de Mozart? Simplemente, Saint-Dioule le hacía saber a su compañera que había cumplido su cometido. Su parte del trato.

—Si no entiendo mal —dijo Dorcas tranquilamente—, me estás acusando de ser yo quien ha tramado todo ese... asunto.

—Pues no lo entiendes tan mal.

—¡Step, por el amor de Dios...! —Derek parecía abrumado.

—Saint-Dioule no quería entrar en la habitación de Dorcas.

Ignoro el motivo, pero supongo que porque era un lugar peligroso, quizá por las cercanías con otro cuarto ocupado por alguna otra persona. Por otra parte, es muy posible que aquella señal, ese trozo de música no sólo sirviera como contraseña para esa ocasión, sino para otras muchas.

—Borracho —dijo Dorcas—. Borracho o loco.

—Bueno, tómalo como quieras. Eso es cosa tuya. Si no tuviera más que esa prueba, me hubiera librado muy bien de acusarte, querida Dorcas.

—Derek, ¿sabes lo que le pasa a tu amigo? Simplemente, que yo lo rechacé. No ha encontrado mejor excusa que ésta para vengarse.

—¿Qué tú lo rechazaste? Pero ¿cuándo?

—No hace más que tres días. Una noche vino a casa y pretendió acostarse conmigo. Le dije que era tu prometida y que podía ir distinguiendo a cualquier otra con sus «favores». Al parecer, le ha dolido más de lo que podía esperarse.

—¡Step!

—Cállate, Derek. Una verdad a medias, es una mentira. No le pedí nada. Sólo quería saber si continuaba siendo tan ambiciosa como cuando ella y yo no necesitábamos pretexto alguno para dormir juntos.

—¡Step, no te consiento!

—Cállate, he dicho. Vas a escucharlo todo. Simplemente, porque tengo pruebas.

—¿Pruebas? —preguntó Dorcas frunciendo los labios—. ¿Pruebas? ¿De qué puedes tener pruebas, si estás fantaseando? Derek, no puedes creer ni una sola palabra de todo ese estúpido cuento de hadas inventado por un hombre despechado.

—Santo Dios, Dorcas, yo...

—Derek, te he dicho que tengo pruebas. Las vas a oír tú mismo.

—¿Pruebas? Bueno, pero si Dorcas... Oh, Santo Dios, no sé ni qué pensar. Estoy como loco.

—Más loco hubieras estado cuando el asunto se hubiera descubierto y te encontrases en la cárcel o en algún sitio por el estilo. Y todo porque Dorcas era demasiado ambiciosa para contentarse con ser la secretaria de Shackville. Y porque al mismo tiempo, estaba en la mejor situación para cooperar con Saint-Dioule. ¿Quién reclutó a quién, Dorcas?

—Déjame en paz. Me voy, Derek. No olvides que...

—No vas a salir.

—¿Lo vas a impedir tú?

—Sí.

Dorcas se dirigió hacia la puerta. Andaba de una manera extraña. Vivianne se puso en pie y cogió su bolso.

Step estaba ante la ventana. Con un simple movimiento alzó uno de las cortinas y la mantuvo así durante unos segundos.

Entonces, Dorcas se volvió.

En la mano tenía una pistola.

—Poneos junto a la pared —dijo.

—¡Dorcas! —aulló Derek—. No puede ser, tú no puedes...

—Ponte contra la pared, Derek. Y tú, Step. Y usted, chica.

—Supongo —dijo Step— que ésa es la pistola con la que mataste a Saint-Dioule.

Dorcas no respondió. Sus ojos azules lo examinaban fríamente.

—Piensa lo que quieras. Porque... ninguno de vosotros va a salir vivo de aquí.

—Bueno, ya te vas descubriendo —dijo Step—. ¿Por qué mataste al francés, Dorcas?

—Porque comprendí que quería quedarse con todo el asunto. Y que quería descubrir a Derek, enviar la cinta grabada a Shackville. Y eso hubiera sido el fin para mí. Habría una investigación, y yo saldría a la luz, posiblemente. Preferí matarlo. Como tendré que mataros a todos vosotros.

Step la miraba a los ojos. Estaba aterrada. No era una asesina nata, sino una mujer que se había visto obligada a matar por las circunstancias. Pero que al mismo tiempo estaba decidida a hacerlo.

—Saint-Dioule no podía querer de veras enviar la cinta. Estás mintiendo. Hubiera sido descubrirse a sí mismo, ya que atacado, Derek hablaría. Lo mataste por alguna causa que no es ésa. ¿Cuál?

La mano de Dorcas temblaba ligeramente. No obstante, en cualquier momento podía comenzar a disparar. Con él rabillo del ojo, Step vio que Vivianne tenía la mano dentro del bolso.

—Sí, Dorcas, ¿qué fue?

Ella lo miró. Era evidente que para ella no existía otro hombre allí que el mismo Step. Ni siquiera había mirado a Derek.

—Le hice colocar un micrófono en su habitación del hotel. Y el

maldito pensaba quedarse con todo el dinero que ofrecían los rusos por el asunto. Pensaba que yo no podría decir nada, porque sería descubrirme a mí misma. Pero yo lo supe.

—¿Quién instaló el micrófono, Dorcas?

—Eso no importa.

—Importa mucho. El hombre que lo instaló ha hablado. Lo tengo yo en lugar seguro. Con una cinta grabada con su informe, que él pensaba dar a Saint-Dioule, pero que recibirías tú, porque tú fuiste la que le llamó esta tarde. Cuando lo hiciste, acababas de matar a Saint-Dioule. Tú recogerías el informe, y tú te mantendrías en contacto con él, o le pagarías y prescindirías de sus servicios.

Step hablaba rápidamente. Dave y Em tardaban. ¿Habría ocurrido algo? Y Dorcas parecía enloquecida. Sus ojos no eran normales.

—Así que lo has descubierto todo, ¿eh? Eres muy listo, ¿verdad? Pero no contaste con que antes de que me cojan os voy a matar a todos. Y tengo dinero. Aún puedo huir.

—¿Te dieron mucho los rusos?

—Eso no te importa.

—No seas idiota, Dorcas. Los rusos te despreciarán. No se atreverán a declarar que intentaron aprovecharse de tus conocimientos. No tratarán ya contigo y te encontrarás sin ningún lugar adónde ir. ¿Cómo diablos se te ocurrió comenzar a tratar con ellos?

—Eso sólo me importa a mí. Y ahora, voy a disparar.

La pistola se movió. Step comprendió que lo mataría a él primero. Lo consideraba el más peligroso. Se preparó, todos los músculos en tensión...

¿Había oído un ruido ligero en la puerta? ¿O eran simplemente sus nervios?

La pistola le apuntaba ya al pecho. Un salto, un solo salto y...

No podía saltar.

Se echó a un lado, y la bala pasó rozándole la manga de la chaqueta. Al mismo tiempo, Vivianne sacó la pistola y disparó sobre Dorcas. La bala de goma le dio en la mano y le arrancó su propia arma. Al mismo tiempo, la puerta se abrió y Dave y Em aparecieron en ella.

Dorcas se miró la mano, miró a los recién llegados y luego,

dando un grito, se precipitó por la ventana, abierta debido a la intensa calefacción.

Fue algo tan rápido que no pudieron evitarlo. Se quedaron como clavados en el suelo. Fue Step el primero que reaccionó. Derek parecía a punto de desmayarse.

—Dave, baja y mira qué le ha ocurrido. Rápido —dijo Step—. Derek, escucha bien. Escucha, maldito, ¿es que no puedes hacerlo?

—Sí, yo...

—Todo ha ocurrido así: te estaban haciendo un chantaje desde hace tres días. Tú me has contratado, ¿entiendes? ¿Entiendes lo que has de decirle a la policía? ¿Lo entiendes?

Machacaba una y otra vez.

—Sí, por supuesto.

—Yo había llegado a la conclusión de que Dorcas era la culpable del chantaje. La citamos esta noche, y ella nos confesó la muerte de Saint-Dioule a sus manos. ¿Has entendido?

—Sí, creo que sí...

Parecía a punto de desmayarse. Luego, un poco de color volvió a sus mejillas.

—Sí, sí, entiendo. Pero ¡qué golpe, santo Dios!

—Escucha, imbécil. Cuando acusaste a Dorcas, ella se mató. ¿Comprendes? Se tiró por la ventana.

Cogió la pistola de Dorcas y la tiró por la ventana.

—Se mató después de haber disparado un tiro. ¿Has comprendido?

—Sí, creo que sí. Se mató al verse descubierta.

—Exacto.

Se volvió hacia Mascate.

—Amigo, se ha librado por un pelo. Olvídense de todo, ¿ha entendido? De todo. Dave y yo nos ocuparemos de usted si se le ocurre recordarlo. Lárguese y... olvídense.

Mascate asintió.

—¿Le queda alguna cinta?

—No, palabra.

—Lárguese.

Se asomó por la ventana. La niebla ocultaba por completo el cuerpo de la muchacha, cuatro pisos más abajo.

Save subió.

—Muerta, Step. La cabeza rota, creo.

Step fue hacia el teléfono.

—Vivianne, márchese. Váyase a Leeds. Em la llevará a mi casa y podrá recoger su coche. Váyase.

La francesa le alargó la mano.

—Habrá una investigación...

—Nadie sabrá nada de usted.

—Gracias, Custance.

—Vamos, Em, llévatela, porque voy a avisar a la policía.

—Supongo —dijo la negra, que no deberé esperarte esta noche.

—Supones bien. No sé el tiempo que tardará la policía en comprobar todo, pero pasarán bastantes horas antes de que nos veamos.

Em se alzó sobre sus tacones y lo besó rápidamente en la boca. Salieron.

Step se volvió hacia Derek.

—Y ahora, vamos a preparar bien la versión. La policía no tardará más de un cuarto de hora o media hora en llegar, y alguien puede descubrir el cuerpo. Vamos a prepararlo todo bien. Saint-Dioule te chantajeaba y tú me contrataste para...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

